BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

EXODO DESDE LAS TINIEBLAS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

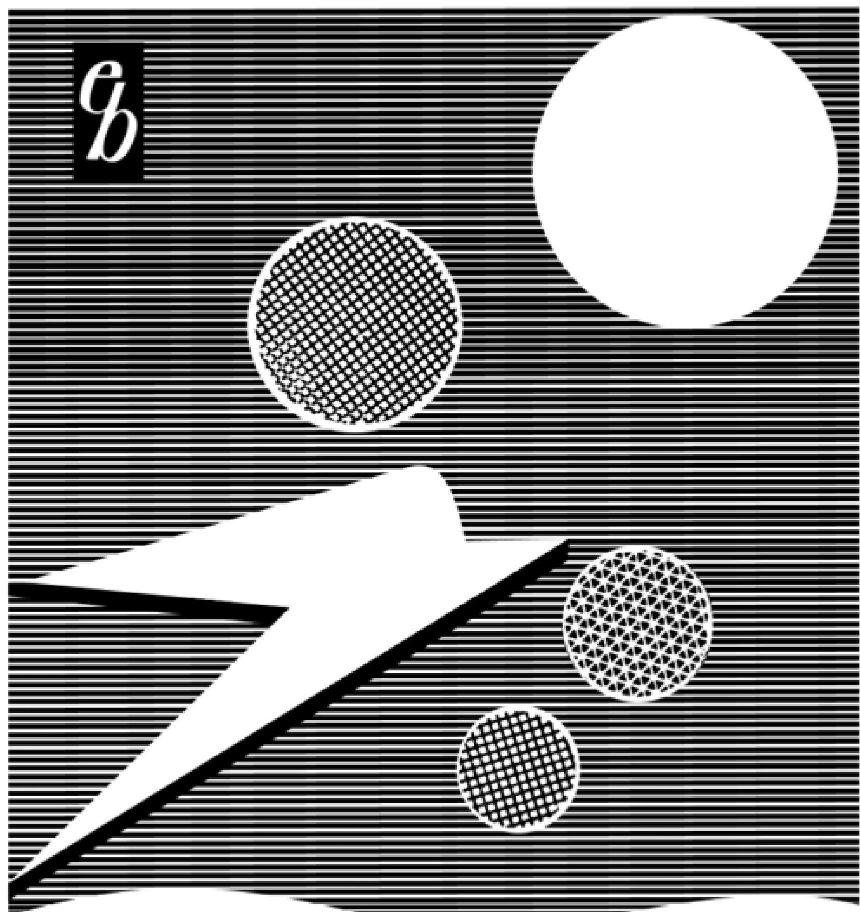
la conquista del ESPACIO

EXODO DESDE LAS TINIEBLAS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

KELLTON McINTIRE

ÉXODO DESDE LAS TINIEBLAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 295

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 7.872 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1976

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — Ejecutores de mundos, S. A. - *Curtis Garland:*
2. — Planeta en subasta. - *Glenn Parrish.*
3. — La era de genes control. - *Ralph Barby.*
4. — Robotismo. - *Clark Carrados.*
5. — Después de la muerte. - *Burton Hare.*

CAPITULO PRIMERO

Sandra despertó súbitamente y se incorporó sobre el lecho.

Sus dedos, largos y finos, palparon sus sienes. Sudaba a mares, se sentía completamente bañada en sudor.

¿Qué había ocurrido, qué venía a perturbar su sueño...?

—He estado soñando —murmuró—. He sufrido una pesadilla.

Pero, fuera, resonó un chasquido fuerte y luego se oyeron unos pasos precipitados, arrastrados.

La bella mujer rubia saltó de la cama. Semejaba una diosa nórdica, cubiertos sus finos y lechosos hombros por la dorada cascada de sus cabellos.

Apresuradamente se cubrió con una vaporosa bata el delicado *negligee* que vestía y abrió de un brusco tirón el cajón de una mesilla de noche empotrada en el muro.

Sus labios temblaban, pero su mano derecha empuñaba con firmeza la pistola plateada de larguísimo cañón.

Despacio, como una sombra, Sandra avanzó hacia la puerta de su dormitorio.

Su corazón latía desbocado cuando aproximó su oído a la madera y escuchó.

Nada se oyó durante unos segundos. Luego, bruscamente, algo rodó por tierra y unos cristales tintinearon sonoramente.

La mujer se decidió de pronto.

Apretó la manivela de cierre y abrió la puerta.

Alguien mascullaba sordas maldiciones en el suelo.

A la escasa luz que penetraba a través de las cortinas, Sandra pudo entrever el bulto caído en tierra.

—Quédese ahí —advirtió la mujer, tratando de evitar que sus labios temblasen—. Permanezca quieto o... dispararé a matar.

Se oyó un gruñido.

Y luego, incomprensiblemente, una larga carcajada que obligó a respingar a la mujer.

—No seas estúpida —pronunció una voz varonil, estropajosa—. Soy yo... Burt.

Sandra dejó escapar un gritito que expresaba mitad sorpresa, mitad desconfianza.

—Vamos, ¿qué esperas? —insistió el hombre—. Enciende la luz. Me he... caído. En la oscuridad, me enredé en una de estas malditas cortinas y...

Volvió a renegar, con voz vacilante y pastosa.

Entretanto, Sandra retrocedió despacio, palpó el muro y dio la luz.

Con expresión de intenso asombro, contempló al hombre que yacía en el suelo, curiosamente enredado en los jirones de una de las sutiles cortinas que velaban el gran ventanal que daba al jardín.

Se serenó un tanto al reconocer aquellas facciones morenas, juveniles y muy varoniles.

—¡Burt! —exclamó—. ¿Qué viniste a hacer aquí? ¿Cómo..., cómo conseguiste entrar?

El hombre era fuerte y atlético y de sendos tirones consiguió liberarse pronto de sus eventuales ligaduras.

Pero cuando se alzó del suelo, se tambaleó como un beodo y estuvo a punto de caer de nuevo.

—Has bebido, Burt. Te has emborrachado... ¿Por qué? —preguntó Sandra con reproche.

Los ojos azules de Burt la contemplaron fijamente durante unos segundos.

—Me...preguntaste cómo... conseguí entrar. ¿Olvidas que... tú misma me entregaste la llave de esta casa? —inquirió él, obsesionado.

Ella desvió los ojos.

Era cierto: la misma Sandra le había entregado una de sus llaves.

Claro que entonces..., se sentía enamorada de Burt. Ahora, en cambio, sólo sentía por él algo semejante a la piedad.

Burt Cavendish avanzó dos pasos, vacilante.

Pero Sandra, al observar la expresión enloquecida del hombre, volvió a alzar su pistola.

—Quédate ahí, Burt —suplicó—. No debiste venir aquí... Me diste un susto de muerte. Escuchó un ruido, pensó que...

—¿Que era tu adorado Glen? —los dientes del hombre rechinaron desagradablemente.

—No es cuestión tuya. No tienes derecho ya a inmiscuirte en mis asuntos. Lo nuestro..., terminó.

Se había distraído un momento.

Y Burt se abalanzó sobre ella con una rapidez asombrosa para un hombre que se encontraba ebrio.

De un manotazo, Cavendish arrebató la pistola a la mujer y arrojó el arma al otro extremo del lujoso salón.

Luego, como dominado por la más intensa pasión, abrazó a la mujer y la besó en los labios.

Pero un momento después se retiraba, decepcionado. Porque los labios de la mujer no habían respondido a la encendida caricia.

—Tienes que apartarte de ese hombre, Sandra —exigió él con voz firme.

La mujer se desasió bruscamente.

—Eres tú quien sobra aquí, Burt —pronunció con voz deliberadamente helada.

Burt tragó saliva, con amargura.

Pero estaba decidido a llegar hasta el final. Sus labios se apretaron, tenaces, y sus fuertes manos morenas se tensaron.

—Antes quiero que sepas la verdad, pequeña Sandra, admirada doctora Summerfield —dijo con lentitud, conel deseo de que ella comprendiese sus palabras una por una.

—No voy a escucharte. Sé que odias a Glen, sé que vas a difamarle…

—No seas loca. Me conoces bien. Sabes que soy incapaz de mentir, que no puedo inventar una mentira…, ni siquiera para deshacerme de mi rival —insistió Cavendish.

Sandra tragó saliva.

Porque Burt decía la verdad. ¿Dónde encontrar un hombre tan noble y sincero como el que ahora realizaba tremendos esfuerzos por conservar el equilibrio?

—Está bien, Burt. Habla, di lo que sea. Y después, vete. Has perturbado mi descanso. Tú sabes que debo descansar perfectamente o mañana mis manos estarán torpes a la hora de manejar el bisturí —dijo.

—Lo sé, lo sé —respondió el hombre con urgencia—. Pero lo que tengo que decirte es tan grave que dudo mucho que mañana puedas realizar la más elemental operación quirúrgica.

Oyéndole, Sandra se estremeció a su pesar.

—¿Te refieres a la inestabilidad emocional de Glen? —preguntó, insinuando una sonrisa que se heló inmediatamente—. Ya me has hablado de ello suficientemente. Pero es normal… El accidente que estuvo a punto de costarle la vida le produjo una amnesia total. Ahora, Glen es como un niño…, un niño-hombre, que debe reconstruir su vida como si acabase de nacer.

Pero Cavendish denegó con un brusco movimiento de cabeza.

—No se trata de eso —dijo—. Tú le salvaste la vida mediante una complicada intervención quirúrgica al cerebro. Glen despertó en ti un curioso sentimiento maternal que tú confundiste con el amor. Y ello te ha cegado. Pero yo tengo los ojos bien abiertos y he podido advertir en él señales que me aterran…

—¡Estás loco, loco, loco, Burt! El despecho te hace ver lo que no existe… Glen…, es bueno, noble, elemental—gimió la mujer, cubriéndose el rostro con las manos.

La borrachera de Burt parecía haberse diluido por obra de algún extraño sortilegio.

Al escuchar los gemidos de la mujer, sus manos se tendieron hacia ella ansioso por abrazarla, por llevar a ella el consuelo.

Pero no llegó a tocarla. Porque comprendía que el estado de ánimo en que ella se debatía no era el más a propósito para iniciar un acercamiento.

—Ojalá fuera sólo el despecho —dijo él, al cabo, dejando que sus brazos pendiesen de sus hombros—. Pero mentiría si dijese otra cosa que la verdad.

Sandra apartó bruscamente sus manos del rostro.

—¿Cuál es la verdad? —preguntó, belicosa.

—Sentémonos —propuso Burt, apartando con el pie algunos cristales—. Creo que debemos afrontar la situación con la mayor serenidad.

—¡Siéntate tú, si te apetece! —respondió la mujer, colérica—. Responde ahora... ¿Cuál es la verdad?

Cavendish se dejó caer pesadamente sobre el mullido sofá tapizado en terciopelo azul.

Alzó los ojos y miró fijamente a Sandra.

—Confieso que si seguí a Glen durante los primeros días fue... por despecho. Soy un psiquiatra y te aconsejé respecto a tu paciente, por expreso deseo tuyo. Te hablé de ciertas anormalidades... *Como su manía por devorar grandes pedazos de carne cruda...*

—¿Qué revela eso? —chilló Sandra, encolerizada—. Existen miles de personas que se alimentan de carne cruda e incluso de pescado fresco, crudo, recién salido del mar.

Burt hizo un esfuerzo por conservar la serenidad de que había dado muestras en los últimos minutos.

—Es posible —aceptó—.Pero tú sabes que Glen ha dado pruebas de comportarse de forma anormal en múltiples ocasiones. ¿Debo refrescarte la memoria, Sandra?

—¡Tú le odias! —gritó ella, obsesionada.

Cavendish movió la cabeza, con tristeza.

—¡Dimejor que le temo. Mientras Glen se recobraba de la operación mediante la que tú le salvaste la vida, estuvo sometido a una rigurosa dieta alimenticia, recuérdalo. Una noche…

Sandra cerró los ojos, angustiada.

Y a su pesar hubo de recordar los sucesos de aquella noche de pesadilla.

CAPITULOII

Burt había intentado reunirse con ella aquella tarde. Pero todo fue inútil: Sandra no se encontraba en su hotel. Ni siquiera Margie Smith, la enfermerajefe de la Memorial Clinic, pudo insinuarle la menor pista.

—Lo siento, doctor Cavendish. La doctora Summerfield abandonó la clínica hace más de dos horas. Ya sabe su teléfono de urgencia: WSK-4403. ¿Por qué no lo ha intentado?

Pero Burt había llamado media docena de veces al WSK-4403 sin obtener ningún resultado positivo.

—¿Dónde puede estar? —se preguntó, obsesionado.

Y la respuesta surgió pronta en su cerebro:

—En el Surgeon Club, calle 32.

Si Sandra Summerfleld se sentía fatigada, si necesitaba unos minutos de tranquilidad, suficientes para reflexionar, el Surgeon Club disponía de salas cómodas, casi desiertas, que invitaban al descanso.

El doctor Cavendish tomó un taxi y dio la dirección del Surgeon. Durante el trayecto consumió no menos de media docena de cigarrillos, lo que podía explicar, siquiera aproximadamente, la tensión nerviosa que le dominaba.

La razón de su urgencia en entrevistarse con la mujer de la que estaba locamente enamorado era obvia: el doctor Cavendish había tenido oportunidad de notar que Sandra se sentía obsesionada por algún problema que escapaba a la aguda percepción de Burt.

En el Surgeon Club, Burt no obtuvo una información muy satisfactoria.

—¿Miss Summerfield? Le pasé una comunicación telefónica procedente de la Memorial Clinic. ¿Urgente? Debía serlo, a juzgar por la precipitación con que salió al vestíbulo y pidió al conserje que sacaran su coche del garaje —le explicó la bonita rubia encargada de la centralita.

En cuanto oyó mencionar la Memorial Clinic, Burt tuvo un presentimiento.

Por fortuna, su taxi esperaba a la puerta del club, lo que hizo posible que veinte minutos después el doctor Cavendish alcanzara la Memorial Clinic.

Eran las diez de la noche.

Mecánicamente contestó a los saludos del portero nocturno y a la enfermera encargada de recepción.

En seguida, sin utilizar el ascensor reservado a los médicos, ascendió hasta la planta tercera, sección de Neurología.

La doctora Summerfield no había llegado aún. ¿Algún accidente en el trayecto?

No tuvo tiempo de seguir preocupándose, pues apenas penetrar en el largo pasillo de la sección de Neurología advirtió que algo insólito estaba ocurriendo: dos de los enfermeros de servicio sujetaban a una enfermera, al parecer presa de un ataque de nervios.

Tras atender brevemente a la señorita Harlow, la enfermera, Cavendish fue informado por los enfermeros:

—Es horrible, doctor. Ese hombre..., Glen, se ha mutilado de forma terrible. La señorita Harlow penetró en su habitación al escuchar sus... rugidos y sufrió un tremendo ataque de nervios. Por favor, ayúdenos, doctor. Ese hombre...

—¿Qué...? —inquirió el médico, ávido.

—No..., no puedo explicárselo con palabras. Mejor será que entre en la habitación y... lo vea con sus propios ojos —respondió el enfermero.

Cavendish miró al hombre, incrédulo. Pero vio sus facciones descoloridas y advirtió su extrema tensión nerviosa y comprendió que algo terrible había tenido lugar en la habitación ciento ochenta.

Con precaución, empujó la puerta y entró.

Sólo brillaba una luz tenue en la estancia.

En el lecho estaba Glen, aquel hombre albino, de estatura superior a la normal, facciones de belleza casi femenina, piel sonrosada y cabellos rubio blanquecinos, sedosos y lacios.

Las sábanas del lecho estaban manchadas de sangre.

Sangre, sangre..., ¡sangre abundante empapaba el lecho!

Conturbado, el doctor Cavendish observó los brazos de Glen, heridos, marcados con profundos mordiscos, de los cuales aún manaba la sangre abundante y tibia.

Con gran entereza de ánimo, sin detenerse en conjeturas, el doctor Cavendish descolgó el teléfono y dio rápidas instrucciones al servicio de urgencia.

Mientras aguardaba a los enfermeros, observó detenidamente a Glen.

Sólo entonces advirtió que *los labios y los dientes del enfermo estaban manchados de sangre.*

Glen tenía una expresión satisfecha y relajada en sus regulares y frías facciones.

Entonces, Cavendish se inclinó sobre él. Con un limpio y experto movimiento separó sus mandíbulas e inspeccionó su boca.

Expulsó con fuerza el aire contenido en sus pulmones. Ahora ya no tenía la menor duda: *aquel hombre había mordido y devorado pedazos de su propia carne.*

Otro hombre cualquiera se hubiera sentido aterrado y tal vez hubiera huido atolondradamente gritando su horror de forma enloquecida e incontrolada.

Sin embargo, Burt Cavendish era un médico, un psiquiatra, y había vivido experiencias que escapaban a la normal comprensión de cualquier ser humano.

Minutos después, Glen era trasladado al quirófano e intervenido por el cirujano de guardia.

Hubo un breve cambio de impresiones entre el cirujano, doctor Barney, y el propio Cavendish, mientras anestesistas y enfermeras se disponían para la operación.

Poco después llegó Sandra Summerfleld.

En realidad, la bella mujer irrumpió como un torbellino en el quirófano, consiguiendo distraer durante un segundo a todo el equipo quirúrgico.

—¡Glen! —gimió ella—. ¿Qué ha ocurrido?

Burt tragó saliva, amargado.

¿Qué había ocurrido, qué diabólica mutación había tenido lugar en el corazón de Sandra para que ella dejase de amarle en poco más de una semana?

En medio de los dos se cruzaba Glen, aquel gigante albino al que la policía había recogido malherido una madrugada en un suburbio.

Un mes antes, Burt hubiera apostado su propia vida por la seguridad del amor que la doctora Summerfleld sentía hacia él.

Ahora…

Bastaba mirar los labios secos de Sandra, su expresión anhelante y conturbada para comprender que ella sólo vivía para Glen.

¿Quién era Glen?

Nadie lo sabía.

La policía le había recogido de un lugar inmundo en estado preagónico. Glen vestía unos harapos descoloridos y no llevaba nada sobre sí que pudiera identificarle.

Cuando le llevaron al hospital más próximo —precisamente la Memorial Clinic— los dos policías que le encontraron hicieron algunos comentarios verdaderamente insólitos.

—Es increíble… Un hombre que mide casi dos metros y… le acomodamos en el coche con tanta facilidad como si fuera un niño.

—¿Quéquieredecir?—habíapreguntadoaquella

noche la doctora Summerfleld, llamada con urgencia para intervenir a Glen.

El policía parecía poco dispuesto a informar con claridad, temeroso, quizá, de que sus palabras fuesen tomadas a broma:

—Bien… Corbett, mi compañero, es delgado. Tampoco yo soy muy fuerte. Pero… el cuerpo de ese hombre nos pareció tan liviano que… ninguno de nosotros le hubiera calculado más de cincuenta kilos de peso —confesó finalmente.

Sandra no tomó muy en serio aquellas declaraciones. Además, se esforzaba en mantenerse serena, puesto que minutos más tarde tendría que intervenir en la fractura de cráneo sufrida por el desconocido.

Cuando penetró en el quirófano, Sandra advirtió que los labios del herido estaban manchados de sangre, si bien su frente y sus cabellos estaban limpios y secos.

Era extraño, pero no le dio mayor importancia, ansiosa por concentrarse en el éxito de aquella difícil operación a vida o muerte.

La intervención había resultado un éxito absoluto. Al día siguiente, el paciente recobró el conocimiento e incluso demostró una extraordinaria ansiedad por consumir alimentos.

Naturalmente, la dieta debía ser muy equilibrada, ante lo cual, Glen pareció mostrarse muy enojado.

Sólo la palabra suave y tranquilizadora de Sandra consiguió apaciguar al enfermo.

En cuanto a aquel hombre, Glen, ¿de dónde provenía?

El herido no sabía hablar, sino apenas murmurar unos cuantos sonidos guturales inarticulados.

Inútil había resultado indagar su nombre, nacionalidad, domicilio, profesión…

La doctora Summerfleld, con su infinita paciencia, había conseguido algo, no obstante.

Mil veces había hecho pregunta tras pregunta. Finalmente optó por pronunciar lentamente algunos nombres al oído del herido:

—Veamos, ¿cómo te llamas? John, Louis, James, Joe, Nat, Anthony, Richard, Glen…

—G…l…e…n… —articuló el herido con gran dificultad.

El doctor Cavendish, que había sido informado de ello, dudaba en su fuero interno de la eficacia de los métodos empleados por Sandra para conseguir identificar, siquiera por el nombre propio, a aquel individuo.

—Creo que este hombre no hizo otra cosa que repetir, de forma refleja, el último nombre de la serie que pronunciaste —era su

opinión.

Pero la doctora Summerfield no concordaba con él. Por otra parte, parecía absolutamente obsesionada en cuidar personalmente a aquel individuo.

Transcurrieron dos o tres días. Las gestiones de la policía encaminadas a identificarle fracasaron rotundamente.

Glen era un perfecto desconocido.

Una noche, Burt, que aguardaba a Sandra en el vestíbulo de la clínica, se sintió impaciente y ascendió hasta la sección de Neurología, ansioso por reunirse con ella.

Una enfermera le indicó que la doctora Summerfield se encontraba en la habitación ciento ochenta y aquello contrarió enormemente al doctor Cavendish, celoso ya de la dedicación de la que Sandra hacía objeto al extraño Glen.

Sin previo aviso penetró en la estancia y sorprendió la escena: Glen, incorporado en el lecho, abrazaba a Sandra, que parecía adormecida entre sus brazos.

Al oír el chasquido de la puerta, el herido alzó la cabeza y clavó sus ojos en el recién llegado.

Cavendish no pudo impedir un escalofrío al sentir sobre sí aquellos ojos rojos, aquellas pupilas negras que parecían taladrar su cerebro.

Había una poderosa fuerza hipnótica en aquella mirada que parecía propia de un ser extraterrestre.

Posiblemente, Cavendish se hubiera dejado llevar por la potente atracción de las rojizas pupilas de no ser porque en aquel momento Sandra lanzó un débil gemido y se removió entre los brazos de Glen.

Estupefacto, Burt advirtió que un fino hililllo de sangre manaba del brazo izquierdo de la mujer.

Y los labios de Glen estaban manchados de sangre.
Un ardor loco se desató en el pecho del médico.
—¡Maldito… vampiro…! —rugió, ebrio de cólera.

Y saltó sobre el lecho, apartó a Sandra de entre los largos brazos de Glen y golpeó de un potente zurdazo el

rostro del hombre de los ojos rojizos.

Glen cayó hacia atrás y quedó inmóvil, cruzado sobre el lecho.

Amorosamente, Burt tomó en sus brazos a Sandra, la apartó del lecho y trató de volverla en sí.

Lo consiguió en pocos segundos. Cuando ella abrió los ojos, lo primero que hizo, para dolor de Burt, fue buscar ansiosamente la silueta de Glen.

—¡Glen...! ¿Qué..., qué ha ocurrido? —murmuró.

Burt la miró, entristecido.

—Poca cosa —confesó—. Ese hombre es un esquizofrénico, un maníaco peligroso... Estaba mordiendo tu brazo cuando penetré en esta habitación. Mira tu brazo. Y mira los labios de Glen... ¡Están manchados de sangre, de tu propia sangre!

Era cierto.

Los labios e incluso la descomunal dentadura de Glen estaban impregnados de rojo.

A Cavendish, no obstante, le sorprendió la histérica reacción de la doctora Summerfield.

—¡Mientes, mientes! ¡Él es bueno, noble, afectuoso! Tratas de despertar en mí el odio hacia él, Burt..., ¡confiésalo! —gritó, golpeándole en el pecho, tratando de desasirse bruscamente de sus brazos.

Cavendish la abofeteó sin contemplaciones.

Tras lo cual, la doctora dejó escapar un sollozo y fue serenándose paulatinamente.

A pesar de lo cual, jamás aceptó el relato que Cavendish repetía acerca de lo que había visto en aquella misma habitación.

—Estás fatigado, Burt. Has trabajado demasiado durante las últimas semanas. Sin duda has sufrido una alucinación —repetía ella, como tratando de convencersea sí misma—. ¿La herida de mi brazo? Posiblemente me herí accidentalmente con la hebilla de mi propio cinturón. ¿Ves? La hebilla tiene una arista cortante.

Cavendish movió tristemente la cabeza. No había rastro de sangre en la hebilla, lo que quizá hubiera bastado para creer a Sandra.

Inútilmente trató de besarla cuando se vieron aquella noche. Sandra se mostraba fría, distanciante; mental, física y afectivamente alejada de Burt.

A partir de allí, el doctor Cavendish comenzó a preguntarse quién era exactamente aquel misterioso Glen, mitad vampiro, mitad antropófago.

Demostrando una paciencia sin límites indagó, preguntó, inquirió, recogió cualquier dato que le pareció de interés.

Cuando trató de cambiar impresiones con el director de la Memorial Clinic, doctor McGuinn,aquél solucionó la cuestión aduciendo que el herido se encontraba bajo los cuidados de la doctora Summerfield y que ella era directamente responsable del hombre llamado Glen.

No obstante, no transcurrieron muchos días antes de que se produjera un raro incidente.

Aquel suceso estuvo a punto de pasar desapercibido para el doctor Cavendish, pero la casualidad vino en su ayuda, con lo que Burt dispuso de un dato más para completar la diabólica personalidad de Glen.

Una mañana, mientras atendía a uno de los enfermos de su especialidad, Cavendish necesitó urgentemente un equipo de inyecciones.

Habló por el intercomunicador y pidió que viniese a su despacho Ja enfermera Davis, en la que tenía gran confianza.

La enfermera-jefe fue escueta:

—Le enviaré a Carter, doctor Cavendish.

—¿Por qué a Carter? —se extrañó Burt—. He pedido que venga la enfermera Davis.

—Davis está despedida, doctor —respondió la enfermera-jefe. Y añadió rápidamente—: No puedo decirle más.

Pero Cavendish quedó intrigado. Y recordó que habíauna persona

muy amiga de Doris Davis: la enfermera Jane Roberts.

Media hora después tropezó con Jane Roberts en la cafetería de la planta UnoSubsótano.

Y la abordó sin dudar.

—Alguien me ha dicho que han despedido a Davis. ¿Por qué...? —preguntó sin preámbulos.

Jane Roberts se azoró, balbuceó algo entre dientes y terminó diciendo:

—Lo... siento, doctor. Hace tiempo que no hablo con Doris.

—No es cierto. Adivino que la han amenazado con el despido si dice la verdad a alguien —acusó Cavendish, mirándola con fijeza—. En cuanto a eso, no tiene que temer. Nadie sabrá una palabra de lo que usted me diga. Y ahora, ¿va a ser sincera conmigo?

La enfermera titubeó. Pero se decidió a hablar.

—Lo diré. Tengo que hablar de ello si no quiero estallar en cualquier momento, doctor —confesó, sollozante—. La han despedido para evitar que surgiera el escándalo. En cuanto a mí... Me llamó el director. Quiso averiguar si estaba al tanto de la verdad, pero negué saber nada. De todas formas, fui amenazada con el despido, en el caso de que comentara nada al respecto.

—Bien —exclamó Cavendish, intrigado—, pero ¿qué fue lo que ocurrió en realidad?

Jane tragó saliva, asustada. Y sólo comenzó a hablar tras asegurarse de que nadie estaba pendiente de ellos.

—A las doce de la mañana, Doris penetró en la habitación ciento ochenta. Tenía que dar de comer a ese hombre..., Glen. Yo estaba en el pasillo cuando escuché su grito horrorizado. Corrí hacia la ciento ochenta, empujó la puerta con fuerza y quedé helada de espanto...

—¿Qué vio, exactamente? —preguntó el doctor Cavendish, notando que la sangre se volvía densa en su sistema circulatorio.

—Glen, ese monstruo, estaba sobre Doris, que yacía en el suelo. Vi una horrorosa herida en su muslo... Glen la estaba mordiendo con la misma saña que un lobo devora su presa.

CAPITULOIII

Al día siguiente, Glen huyó de la Memorial Clinic.

Para el doctor McGuinn supuso un respiro, pues Burt Cavendish estaba dispuesto a revelar todas las anormalidades que conocía a la misma policía.

En cuanto a Sandra Summerfield, no parecía experimentar el menor pesar por la fuga del convaleciente, al que buscaba ya la policía por toda la ciudad.

En realidad, la desaparición del insólito Glen pareció ejercer en ella un efecto beneficioso.

Cuando Cavendish consiguió entrevistarse con ella, al atardecer, Sandra le sonrió levemente y no opuso nada a que él la acompañase hasta el próximo *snack*.

Disimuladamente, Burt estuvo observándola mientras ella sorbía lentamente un combinado.

Pero Cavendish era un psiquiatra, un médico -experto en detectar las anormalidades de la mente. Y comprendió en seguida que la mujer a la que amaba por encima de todas las cosas permanecía en un raro estado de ánimo, *exactamente como si su voluntad dependiese por completo de otra persona.*

«Glen la mantiene aún bajo el efecto de la hipnosis», pensó.

Fue inútil interrogarla, a pesar de que el médico usó de todo su tacto y diplomacia: ella rehuía las preguntas sin violencia, pero con indudable firmeza.

En un momento dado, descubrió que la pierna izquierda de Sandra aparecía protegida por un vendaje, ligeramente por encima de la rodilla.

—¿Qué es eso? ¿Te heriste? —preguntó entonces, observándola fijamente.

Sandra no' rehuyó la mirada, pero Cavendish pudo comprobar que aquellos hermosísimos ojos azules carecían de brillo y de expresión.

Era inútil tratar de acompañar a Sandra a su casa. Inútil igualmente sondear su espíritu: ella se comportaba como un autómata sin alma.

Se despidieron poco después.

Ella tomó un taxi y Cavendish se esforzó en conseguir otro, lo que logró a cambio de exponerse a morir aplastado bajo las enormes ruedas de un camión pesado.

—Siga a ese taxi —ordenó al conductor.

El hombre giró el cuello y le miró con evidente desconfianza. Pero Burt se apresuró a tranquilizarle, aunque a costa de una mentira:

—Nada tiene que temer, amigo. Soy el doctor Cavendish, psiquiatra. En el taxi que perseguimos viaja una de mis pacientes. Quiero observar su conducta, eso es todo. Por lo demás, tendrá una gratificación si no pierde de vista a ese coche.

El taxi se puso en marcha a buena velocidad y su conductor consiguió no despegarse del automóvil en el que viajaba la doctora Summerfield.

Finalmente, ambos vehículos se detuvieron en la elegante Walston Road, en uno de cuyos lujosos *bungalós*vivía Sandra.

Por supuesto, Cavendish conocía muy bien aquel lugar, donde había transcurrido deliciosas horas en compañía de Sandra…, antes de que el maligno Glen se interfiriera entre ambos.

Burt vio bajar a la doctora del taxi y cruzar el césped de una pequeña pradera para penetrar finalmente en su casa.

Entonces dejó unos billetes sobre el asiento y abandonó su taxi.

Eran las diez y media de la noche.

Del río subía una sutil y fría bruma que desdibujaba los contornos de la solitaria y amplia Walston Road.

Los puntos de luz, muy distanciados entre sí, dejabanamplias zonas en una semipenumbra misteriosa y medrosa.

Reinaba el silencio. La mayoría de las mansiones de Walston Road, pertenecientes a actores, médicos, abogados y otras personas de elevado nivel económico, estaban cerradas, oscuras y silenciosas.

Por un segundo, Burt se sintió traspasado por la sensación de que alguien le vigilaba desde las sombras.

¿Desde el grupo de tilos del jardín de la doctora Summerfield, o tal vez desde los espesos setos de boj al otro lado de la calzada…?

—La obsesión empieza a apoderarse de mí —murmuró. Y cuadró los hombros, aspiró profundamente el frío y húmedo aire y se aproximó lentamente a la mansión de la doctora Summerfield.

El césped producía un sordo rumor bajo las suelas de sus zapatos. Un poco más allá, entre las frondas que rodeaban el *bungaló,* se oyó el fúnebre graznido de un ave nocturna.

Sólo el interés por Sandra animaba a Burt Cavendish a continuar adelante. De no ser así, seguro que hubiera dado la vuelta y se hubiera alejado a buen paso hasta alcanzar el más próximo teléfono.

Despacio, sigiloso, rodeó la casa hasta alcanzar el amplio ventanal correspondiente al gran salón del *bungaló.*

Se agachó, contuvo el aliento y atisbo entre las cortinas.

Lo que vio le dejó asombrado: *sentado en un diván, conversando amablemente con Sandra, estaba Glen.*

Sus cabellos blancuzcos y lacios aparecían cuidadosamente peinados, sus bellas facciones feminoides tenían color y sus ojos rojizos brillaban, satisfechos.

Por lo demás, Glen vestía un traje de excelente corte, muy deportivo, y sus zapatos eran nuevos y brillantes.

Perplejo, Cavendish comprobó una vez más la poderosa fuerza hipnótica que poseían aquellos ojos rojos, dotados de unas raras pupilas negras y gruesas.

Sandra se sentaba de espaldas y Burt no podía contemplar la expresión de sus facciones. Pero la actitudde la joven era de suprema y absoluta atención a lo que hablaba Glen.

¿Cómo era posible que aquellos finos labios se movieran con tanta rapidez y perfección? En la clínica, Glen apenas había sido capaz de farfullar algún monosílabo incomprensible.

«Ojalá pudiera oír lo que está hablando», deseó fervientemente.

Por desgracia, la cristalera poseía una doble hoja de vidrio, lo que hacía imposible captar una sola sílaba.

Sólo quedaba un recurso: penetrar en la casa.

Cavendish podía conseguirlo de una forma muy simple: utilizando la llave del porche que la propia Sandra le había confiado.

Pero no se decidió a hacerlo, temeroso de que el chasquido de la cerradura pusiera sobre aviso a Glen y a la doctora Summerfield.

Había otra solución: rodear la casa y buscar la puerta de la cocina. Como elemental precaución por si perdía su llave, Sandra acostumbraba a dejar la de la cocina detrás de una de las macetas que ornaban la fachada posterior.

Se incorporó y anduvo aprisa, dominado por una desconocida ansiedad.

La oscuridad era casi total en la parte posterior, pues todas las luces estaban apagadas en aquel ala del edificio.

Palpó el muro y a punto estuvo de tirar una de las macetas, que hubo de retener entre sus dedos acallando una imprecación.

Pero sobre el poyo, sus dedos tocaron la llave que buscaba. La cogió, avanzó y la introdujo lentamente en la cerradura.

Nancy, la asistenta que acudía algunos días al *bungalow* para realizar la limpieza, debía ser una mujer muy cuidadosa, puesto que la cerradura no produjo el más leve chasquido.

Empujó la puerta y entró.

Conocía perfectamente la casa y le fue posible avanzar en la oscuridad sin tropezar con ningún mueble.

En el pasillo interior, muy cerca ya del salón, la voz de Glen llegó hasta él nítidamente.

—*...Nathsamer ix-garbiu li wawalachsuvytairnig...*

Oyendo, Cavendish se sintió cada vez más excitado.

¿Qué idioma era aquél, cuyas sílabas sonaban sincopadas, exóticas, inidentificables...?

Cavendish hablaba correctamente seis idiomas, incluido el chino. Había viajado mucho, desde Nepal a la Tierra del Fuego, Laponia, Finlandia o Alaska...

De una cosa comenzaba a estar seguro: el lenguaje que empleaba Glen *no correspondía a ningún país de la Tierra.*

Aterrado por sus propios pensamientos, Cavendish retrocedió unos pasos.

¿Qué debía hacer?

En el bolsillo de su pantalón, Cavendish empuñaba un revólver corto, calibre cuarenta y cuatro.

Su despecho le impulsaba a penetrar en el salón y a disparar locamente contra aquel extraño ser llamado Glen.

—Podría herir a Sandra —murmuró.

No. Lo más sensato sería retroceder, abandonar la casa, buscar el teléfono más próximo y denunciar a la policía la presencia de Glen en el *bungalow* de la doctora Summerfield.

¿No era buscado aquel hombre por la policía? Pues bien, los hombres de la ley se ocuparían de él y Sandra se sentiría liberada de la maligna influencia de aquel hombre o… lo que fuera.

Decidido a poner en práctica su idea, el doctor Cavendish retrocedió hasta la cocina.

No había hecho más que penetrar en ella cuando alguien le atenazó por el cuello.

Cavendish era hombre robusto, aficionado a los deportes y bien musculado.

La persona que le atacaba debía ser mucho más alta y corpulenta que él mismo, pero Cavendish aguantó la respiración, echó los brazos atrás, apresó una cabeza y flexionó bruscamente la espalda hacia delante.

No confiaba mucho en su objetivo: voltear a su agresor. Pero su sorpresa fue enorme al comprobar que elevaba con suprema facilidad al desconocido y le arrojaba con fuerza por encima de su cabeza.

Sonó un apagado «plaff», seguido de unos gruñidos animalescos.

Cavendish saltó bruscamente hacia el muro y tras palpar con urgencia sobre la pared, accionó el interruptor de la luz.

El torrente luminoso que arrojaba un tubo fluorescente desde el techo iluminó la moderna y limpia cocina.

Al otro extremo, tendido sobre el suelo y moviéndose con torpeza, vio a un hombre.

Tal como Cavendish calculara, aquel individuo era enormemente corpulento, mediría algo más de dos metros.

Tenía los cabellos blanquecinos, largo y lacios. Uno de sus brazos aparecía retorcido en torsión inverosímil.

—Se lo ha fracturado al caer —pensó Cavendish, que jadeaba con fuerza.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el revólver.

Había algo que no podía comprender… La facilidad con que había volteado a un hombre que le aventajaba más de treinta centímetros en estatura e incluso era más corpulento que él.

Entonces recordó fulgurantemente los comentarios de los dos policías que llevaran a Glen a la Memorial Clinic:

…El cuerpo de ese hombre nos pareció tan liviano que… ninguno de nosotros le hubiera calculado más de cincuenta kilos de peso.

Luego, el individuo que se removía lentamente en el suelo era ..de la misma naturaleza de Glen,

Aspiró aire con fuerza y se despegó del muro.

Sus dedos apretaban rígidamente la culata del revólver.

—Póngase en pie, quien quiera que sea —ordenó, procurando que su voz sonase enérgica—. No intente nada.

Tengo un revólver en la mano y lo utilizaré si advierto el menor peligro para mí.

El hombre giró despacio la cabeza y le miró.

Sus ojos escarlata, sanguinolentos, fosforescieron, malignos.

Impresionado, Cavendish retrocedió de un respingo.

«Debo apartar la mirada de sus pupilas, debo matarle… quizá»,

pensó, advirtiendo la poderosa influencia de aquella mirada sobre él.

Alzó el revólver, dispuesto a disparar.

No llegó a hacerlo, sin embargo.

Estaba de espaldas a la puerta que comunicaba con el pasillo y no pudo advertir que una sombra se arrojaba fulminantemente sobre él.

Unos dedos palparon su garganta y cortaron muy expertamente el torrente sanguíneo que regaba su cerebro.

A Cavendish se le nubló la vista. Luego, de repente, sus rodillas se nublaron y perdió el conocimiento.

Sin embargo, aún tuvo tiempo de escuchar aquellas enigmáticas palabras susurradas detrás de él:

—*Ef-graven gudilsixwendrah..., ¡kerwen!*

CAPITULOIV

Ed Tompson conducía a velocidad moderada a lo largo de la carretera que unía la ciudad con el suburbio de Gardensborough.

Ni a Ed ni al otro policía patrullero, Bill Brown, le apetecía demasiado hacer la ronda por aquellos lugares.

Muy cerca estaba el cementerio de Caspers Hill, de entre cuyos viejos y añosos árboles escapaban, asustadas, las lechuzas cuando los faros del automóvil taladraban las sombras del camposanto.

Además, más allá de Caspers Hill estaba un vertedero de basuras. Un lugar hediondo y repugnante, donde pululaban las ratas y otras sabandijas.

—Debieran quemar todo eso. Algún día... —murmuró Ed.

—*¿A* qué te refieres?— preguntó Brown, distraído.

—Ese maldito vertedero de basuras, más allá del cementerio. Millares de ratas devoran los desperdicios cada noche. En cierta ocasión...

—¿Qué? —murmuró Brown, adivinando que su compañero iba a contar alguna historia espeluznante.

—No es muy agradable, Bill. Yo patrullaba con Jim Nestor. Habíamos pasado delante del cementerio y Jim pidió que nos detuviéramos, pues debía evacuar alguna necesidad. Bien... saqué el coche de la carretera y rodé algunos metros entre las basuras.

—¿Qué sucedió? —preguntó Brown, prendido en el calmoso relato de su compañero.

—Jim se llevó una linterna, mientras yo aguardaba fumando un cigarrillo. De pronto escuché el alarido de Jim...

—¿Y...?

—Puse el motor en marcha y dirigí los faros hacia donde supuse se encontraba mi compañero. Le vi. El pánico deformaba sus facciones y gritaba como un energúmeno sin dejar de correr hacia el coche. Cuando llegó, apenas podía articular una palabra, preso de un agudo ataque de nervios. Vi algo correr entre los residuos...

—¿Qué era?

Centenares, miles de ratas, grises y gordas, que huían en todas direcciones. Yo mismo sentí que los cabellos se me ponían de punta.

—¿Y Jim Nestor? —indagó Brown, después de tragar saliva.

—Al fin conseguí que se calmara un tanto. Incluso me burlé de él, por haberse asustado tanto ante la visión de un puñado de esos asquerosos roedores. No podía hablar, pero consiguió arrastrarme fuera del coche y mostrarme lo que en verdad había provocado su espanto.

—¿Por qué no lo dices de una maldita vez? —exigió Brown, muy excitado.

Ed dejó escapar una carcajada.

—Calma, calma, compañero. Te diré que cogí la metralleta y mi linterna y avanzamos entre los desperdicios, provocando la huida de. centenares de ratas, que desaparecían entre las basuras lanzando chillidos que helaban la sangre en las venas. Al fin, descubrimos el cuerpo en una hondonada. Todavía había unas docenas de ratas sobre él...

—¿Has dicho el cuerpo? ¿De quién?

—Fue muy difícil identificarla. Pero al fin se supo que aquellos restos humanos monstruosamente deformados correspondían a una jovencita llamada Gloria Lawrence. Era... Ya sabes, una de esas muchachas que rondan los barrios a la busca de clientes. Aquella noche, varios individuos consiguieron atraerla hasta el vertedero. La atropellaron y la asesinaron. Seguramente imaginaron que las ratas devorarían su cadáver por completo. Pero el hecho de que Jim bajase del coche, alteró todo el plan. Los asesinos fueron detenidos al día siguiente. Pero nunca olvidaré aquella noche, amigo Bill. Ed apretó el acelerador cuando el auto-patrulla enfiló la cuesta que llevaba hacia la colina llamada CaspersHill.

Poco después cruzaban ante las tapias del viejo cementerio. Como era costumbre, entre las ramas de los sicómoros surgió el aleteo silencioso de las rapaces nocturnas, que se alejaron entre las tinieblas dejando escapar sus agoreros graznidos.

Bill Brown permanecía mudo, mirando insistentemente hacia adelante.

Advirtiéndolo, Ed lanzó una carcajada.

—Pareces muy impresionado por mi historia, Bill…

Brown se removió en su asiento.

—No tengo miedo, si es eso lo que piensas —protestó, envalentonado.

—Mejor así —sonrió Ed—. Dentro de un momento pasaremos cerca del vertedero de basuras. Si utilizas el faro «pirata», tal vez te sea posible ver corretear a las ratas por entre los montones de residuos.

—Sigues pensando que estoy aterrado, ¿eh? —respondió Brown, amoscado—. Pues bien, te demostraré que a Bill Brown no le asustan tus historias. Para cuando lleguemos al vertedero. Voy a orinar.

—Vamos, vamos, Bill; no es necesario que me demuestres nada. La noche está fría y desagradable. Puede servirte del urinario de Charlie Picks, en Gardensborough.

—Para —insistió Brown, tozudo.

Ed le miró de reojo durante unos segundos, con expresión crítica.

Bill era más joven que él y sus palabras habían excitado su sentido de la valentía.

Bien, si no había más remedio…

El coche descendió la pendiente a setenta por hora y aminoró la marcha para tomar el sendero machacado por los neumáticos de los camiones que descargaban en la hondonada detritus y escombros de toda clase.

Los faros del automóvil iluminaron los montones de basuras y los hoyos profundos que surgían aquí y allá.

No se veía una sola rata, quizá asustados los anima-lejos por la fuerte luz de los faros.

—Detente aquí mismo, Ed —pidió Brown.

Y se echó fuera del coche, decidido.

—¡Espera! —le detuvo su compañero—. Llévate la metralleta. En un lugar así nunca se sabe…

—No la necesito —respondió Bill, brusco—. Si crees que me vas a meter el miedo en el cuerpo...

—Está bien, como quieras.

—Pon la luz corta. Volveré en seguida.

El obedeció.

Bill se alejó de su radio de visión, limitado por el haz de los faros. Ed encendió un cigarrillo.

No le había dado aún la segunda chupada, cuando el alarido de su camarada le obligó a respingar sobre el asiento.

La brasa del cigarrillo chocó contra la visera de su gorro y un chorro de chispas cayó sobre su rostro.

Ed maldijo en el más puro *slang* barriobajero. Pero no perdió el tiempo.

Atrapó la metralleta sobre el asiento posterior y encendió el potente faro «pirata», cuyo haz luminoso dirigió hacia el lugar por donde desapareciera su camarada.

Bill se encontraba a unos cien metros, tendido en tierra. Manoteaba desesperadamente, tratando de ponerse en pie y huir.

—¿Pero qué diablos...? —gruñó Ed, que no podía advertir nada amenazador en las inmediaciones.

Era evidente que Bill se había dejado impresionar por la historia de Ed. La intensa oscuridad, el hedor que brotaba de las basuras y quizá los chillidos de las ratas habían hecho el resto.

De todas formas, Ed apagó el faro «pirata», puso el motor en marcha y avanzó, al tiempo que daba la luz larga.

El auto-patrulla avanzó sobre los escombros dando tumbos que impedían precisar lo que ocurría más allá del lugar donde yacía Bill Brown.

Los frenos chirriaron agudamente cuando Ed hundió su pie en el pedal.

Bruscamente, el policía tomó la metralleta y bajó del automóvil.

Se inclinó sobre Brown que gemía, débilmente, como un niño.

Y vio la manga de su camisa ensangrentada y su brazo desgarrado, la sangre brotando abundante…

—¡Vamos, Bill! Te llevaré al coche. Ya habrá tiempo para que expliques lo sucedido —gruñó, entre malhumorado y preocupado.

Tomó a su compañero por la cintura y lo izó.

En el silencio de la noche se oyó algo semejante a un gruñido.

Ed se volvió de un respingo y Brown se le fue de las manos.

La metralleta se elevó entre las manos del policía y sus párpados se estrecharon, ansiosos por escrutar las tinieblas.

Algo ocurría a unos ochenta metros de distancia, allá donde terminaba el haz luminoso de los faros del auto-patrulla.

Ed vio cuatro o cinco sombras compactas, gruñendo y agitándose alrededor de un cuerpo tendido sobre los residuos.

—Debo estar soñando —pensó—. Yo diría que son… lobos disputándose una carroña.

Pero todo aquello era absurdo… ¿Lobos a menos de tres millas de una ciudad populosa?

Podían ser perros sin dueño, salvajes… Pero ¿era aquello lo que había asustado a Bill?

Impresionado, pero dispuesto a comprobarlo, Ed volvió al coche y tomó una linterna.

Con la lámpara en una mano y la metralleta dispuesta en la otra, corrió sobre los montones de basura cuesta abajo.

Las sombras de aquellos bichos se movieron, disgregándose a gran velocidad.

Era absurdo gritar que se detuvieran. Finalmente, Ed se detuvo y disparó una ráfaga de metralleta, decidido a acabar con los desconocidos animales.

¡En la noche resonó un gruñido agónico. Tan penetrante que Ed se detuvo, aterrorizado.

Luchaba entre su instinto de conservación, que le impulsaba a volver a la tibia protección del coche, o seguir adelante, Ed avanzó despacio.

La linterna lanzaba un potente chorro luminoso ante él. Pero no pudo advertir el menor movimiento sospechoso.

Al fin, llegó al lugar donde había visto las sombras. Era una pequeña depresión entre los montones de neumáticos viejos, cacharros herrumbrosos y basuras hediondas.

—'Huele a bicho muerto —murmuró.

Y dirigió el haz de la linterna al suelo, recorriendo con la luz los alrededores.

El suelo estaba cubierto por centenares de cadáveres de ratas, ya en descomposición.

Encogiéndose de hombros, Ed avanzó.

Y entonces vislumbró el cuerpo caído en tierra, en el fondo de la depresión.

Era el cuerpo de un hombre..., ¿o tal vez sólo el cadáver?

Una imprecación salió de sus labios. Sin poder evitarlo, Ed, que era un policía curtido, se estremeció.

—Daría... mi sueldo de dos meses a cambio de encontrarme en casa, en compañía de Ethel y los niños —murmuró.

Despacio, vigilando constantemente los alrededores, descendió hacia la hondonada.

Las ropas de aquel hombre eran de buena calidad, fue lo primero que pudo advertir.

Y luego vio lo otro. Es decir, vio la camisa destrozada, y el pecho de aquel individuo en carne viva, mordido, lacerado, ensangrentado...

Ed tragó saliva.

—¡Dios santo! —murmuró—. No es posible que este hombre esté vivo.

Pero, aunque le pareciera increíble en principio, el hombre se

movió y dejó escapar un gemido.

Reaccionando en seguida, Ed se echó la metralleta al hombro, sostuvo la linterna entre los dientes y tomó el cuerpo del desconocido entre sus brazos, sin sentir repugnancia cuando la tibia sangre manchó su cuello y su pecho.

Jadeaba cuando llegó al automóvil y dejó al herido sobre el asiento posterior.

Inmediatamente volvió hacia Bill y le ayudó a alzarse del suelo.

Brown no había perdido el conocimiento, pero su rostro estaba blanco como la nieve y sus dientes castañeteaban.

En cuanto le hubo acomodado en el coche, Ed dio al encendido, maniobró para volver a la carretera y volvió a la ciudad haciendo sonar la sirena.

CAPITULOV

El teniente Hurckley aplastó su cigarrillo sobre el cenicero con un ademán rabioso.

Frente a él se encontraba el agente Ed Tompson, bebiendo calmosamente su café.

Eran las cinco de la madrugada. Ed se caía de sueño y de fatiga, pero sabía que su servicio no terminaría hasta que el teniente Hurckley se cansase de hacerle más y más preguntas. Preguntas que Ed se sabía incapaz de contestar satisfactoriamente.

—¡Vamos, vamos, Ed! —explotó por enésima vez Hurckley—. Yo tengo una buena explicación para todos esos desvaríos del agente Brown. Le permitiste entrar en el bar de Picks, en la estación de servicio de Gardens-borough. Y Brown se emborrachó.

Ed se sentía demasiado cansado para explicar una vez más todo lo que sabía al teniente Hurckley.

—Ya le dije que no llegamos a Gardensborough. Todo ocurrió en el vertedero de basuras, poco más allá de Caspers Hill. Brown se empeñó en...

—Lo sé, lo sé —bramó el oficial de policía, exasperado—. Pero también he oído la increíble declaración de Bill Brown. Y no estoy dispuesto a creer una sola palabra.

Ed tuvo que reconocer que el relato de Bill era poco menos que increíble.

Dos horas antes, Ed había llevado a sus dos heridos pasajeros al State Hospital.

El desconocido había sido identificado sin dificultades, merced a la documentación que llevaba en sus ropas: se trataba del doctor Burt Cavendish, psiquiatra, uno de los más expertos especialistas de la Memorial Clinic, al otro lado de la ciudad.

A Cavendish le habían intervenido urgentemente. En cuanto a la herida de Bill Brown —una tremenda dentellada—, aunque aparatosa, revestía menor gravedad, por lo que, una vez atendido y curado, pasada ya la tremenda conmoción sufrida, estuvo en disposición de ser interrogado por el teniente Hurckley en la propia habitación del

hospital donde fue internado.

—Veamos: quiero saber todo lo ocurrido. Con detalle —exigió el teniente.

Bill tragó saliva. Parecía extenuado y sus facciones juveniles estaban ahora pálidas y demacradas.

—Ni yo mismo puedo creerlo —murmuró—. Bien... Trataré de contarlo tal como sucedió: me alejé unos cien metros del coche-patrulla...

La verdad era que la espeluznante historia contada por Ed había alterado sus intestinos y, en consecuencia...

—Busqué aquel lugar alejado y ya me disponía a... Bueno, ya comprenden...

—Está bien. Siga —ordenó Hurckley, ceñudo.

—De pronto, escuché unos gruñidos. Me asusté. Aquello sonaba como si varias fieras estuvieran disputándose unos despojos. El lugar de donde provenían aquellos sonidos estaba situado tras un montón de chatarra de unos tres metros de altura. Yo tenía la linterna en la mano y mi pistola colgando del cinturón, de forma que me decidí a investigar.

Brown había rodeado el montículo de chatarra, procurando evitar cualquier rumor.

—Todo aquello estaba en sombras. Pude advertir unas sombras difusas, en una depresión cercana. Los gruñidos que dejaban escapar aquellos... bichos erizaron mis cabellos. Súbitamente, reaccioné de forma incontrolada. Encendí la linterna y grité algo que no recuerdo...

—¿Qué fue lo que vio? —preguntó Hurckley, sin poder evitar un parpadeo nervioso.

—Había un hombre tendido en tierra, con las ropas destrozadas y el pecho ensangrentado. Cinco criaturas se inclinaban sobre él. En principio creí que se trataba de perros..., pero dos de ellos se volvieron y comprobé, aterrado, que eran hombres... Incluso recuerdo que sus dentaduras, sus fauces, estaban manchadas de sangre. Entonces fue cuando lancé aquel alarido incontrolado. Uno de aquellos seres...

—Vamos, Brown, ¿espera que crea una palabra de todo este cuento

para imbéciles? —le cortó Hurckley, con brusquedad.

Brown tardó en contestar.

—Escuche, teniente: en otra ocasión me hubiera sentido indignado por su incredulidad. Pero ahora yo mismo me siento tan aterrorizado que incluso desearía convencerme de que todo lo que sucedió sólo fue una pesadilla.

—O una borrachera —insinuó Hurckley, escéptico.

—¿Cómo quiere que se lo diga, teniente? —intervino Ed, disgustado—. Ninguno de los dos probamos una sola gota de alcohol. Pero, además..., tenemos una prueba concluyente.

—¿Cuál? —quiso saber el oficial de policía.

—La opinión del cirujano que curó la herida de Bill. «Una salvaje dentellada», fueron sus palabras.

Hurckley reflexionó durante breves instantes.

—Eso podría tener una explicación muy distinta... —dijo, luego—. Supongamos que la primera impresión de Brown fuera la buena. Es decir, en la hondonada había unos cuantos perros salvajes, abandonados por sus dueños. El hambre obligó a esas fieras a atacar al doctor Cavendish. Tal vez Brown se sentía alucinado, obsesionado, por tu relato, Ed.

En cuanto a aquello, era algo que Ed no podía refutar ni sostener, puesto que no había sido testigo de los hechos.

—Serenémonos —propuso el propio Tompson—. Estabas contándonos lo que sucedió, Bill. ¿Estás en situación de seguir hablando?

Brown cerró los ojos. La enfermera que asistía a la entrevista miró a los dos policías con reproche.

—Está fatigado —dijo—. Pienso que deberían posponer el interrogatorio hasta mañana.

—¡No! —gritó Brown, incorporándose con esfuerzo—. Necesito desahogarme, tengo que contar todo lo que sucedió..., aunque el teniente dude de mis palabras.

—Adelante, Bill —le animó Tompson.

—Bien… Uno de aquellos… hombres me miró. Súbitamente, dio un salto inconcebible, pues yo me encontraba a unos diez metros de ellos, y cayó sobre mí…

Como consecuencia del encontronazo, pistola y linterna fueron arrebatadas de sus manos y Bill y su agresor cayeron a tierra.

—Oí un gruñido que heló la sangre en mis venas. Y de repente sentí aquel dolor lacerante en mi brazo y noté cómo mis músculos eran desgarrados. No sé cómo conseguí ponerme en pie, deshacerme de aquel individuo, y huir a toda la velocidad de mis piernas. Aquella criatura me persiguió a grandes saltos, pero retrocedió rápidamente cuando Ed dio la luz larga. Entonces caí al suelo y quedé inmóvil, sollozando, mientras sentía que la sangre empapaba mis ropas.

Hurckley se encogió de hombros, entre incrédulo e impresionado.

—Está bien —respondió al fin—. No hay más preguntas por ahora, Brown. Será mejor que descanse.

—Buenas noches, Bill —deseó Ed—. Volveré a verte mañana, si me es posible.

Abandonaron la habitación. En el pasillo, Ed, que conocía de antiguo al teniente Howard Hurckley, comprendió que el oficial seguía sintiéndose escéptico en relación con el relato de Bill Brown.

—Así que no cree una palabra, teniente…

—Lo siento, Ed. Pero vivo en un mundo donde no suelen ocurrir cosas fantásticas. Mi opinión sigue siendo la misma: Brown debió beber algunas copas de más. El alcohol, unido a tus estúpidas historias consiguieron que Bill viera hombres donde sólo había perros. Él dijo que uno de los hombres saltó sobre él de forma increíble.

¿No puede un galgo dar un salto de ocho o diez metros?

Ed no supo qué responder.

Antes de abandonar el State Hospital, Howard Hurckley intentó el interrogatorio del doctor Cavendish.

Pero el cirujanojefe, doctor Bennet, le convenció de que ello era imposible por el momento.

—¿Sabe lo que pide? Cavendish está todavía en el quirófano. Mis

hombres luchan por recomponer la carnicería que ese hombre presenta en sus músculos pectorales, parcialmente arrancados a dentelladas. Ya veremos si sobrevive. En cualquier caso, no podrá entrevistarse con él antes de dos o tres días, teniente.

En el despacho del teniente, Ed terminó de beber su café y aceptó el cigarrillo que le ofrecía el oficial.

—Está bien, Ed. Vete a descansar. Tienes mala cara —dijo Hurckley.

Y Tompson le obedeció de buena gana. Se sentía ansioso por descansar, dormir y olvidarse de aquella noche de pesadilla.

CAPITULOVI

Sandra Summerfield permanecía en pie, tan lejana, sin embargo, como una de las estrellas que aparecían tímidamente entre los oscuros nubarrones que podían divisarse a través de la cristalera.

El viento agitó levemente las cortinas y Burt Cavendish se puso en pie con lentitud.

—Por última vez, Sandra, tienes que reaccionar —pidió con voz ronca—. Apártate de Glen o será tu perdición.

—No puedo. Le amo —confesó ella, sin inmutarse.

Cavendish reprimió un gesto de repugnancia.

—¿Le amas? —bramó—. ¿Cómo puede amarse a un vampiro, a un antropófago? ¡Mírame, Sandra! Mírame a los ojos... Así. Escúchame, sé que ese hombre domina tu voluntad, anula tu cerebro... ¡Tienes que despertar!

Los limpios ojos de Sandra le miraban fijamente. Pero no había vida, no existía movimiento en ellos.

—Dime —insistió Cavendish, colérico y violento—. ¿Dónde está Glen? ¿Vive aquí? ¿Cuántos como él acuden a esta ciudad? ¡¡Responde!!

Pero Sandra, impasible, nada respondió.

Entonces, Burt se incorporó, corrió hacia ella y la tomó por los hombros. Tras lo cual la zarandeó violentamente como si con ello pudiese hacerla volver en sí.

Entonces, decepcionado, se llevó las manos al pecho, asió su camisa y tiró salvajemente de ella, de forma que todos los botones saltaron y la horrorosa cicatriz quedó al descubierto.

—¡Mira! —gritó Cavendish, descompuesto.

Los ojos azules, purísimos, de la doctora Summerfield, recorrieron despacio los costurones en la piel de Cavendish.

Hubo un leve estremecimiento en sus hombros. Y sus ojos destellaron con brillo húmedo.

Pero sus labios no se movieron para pronunciar ni un monosílabo.

—Gózate en contemplar mi pecho desgarrado, Sandra. Tú sabes que es obra de él..., ¡de él y de otras criaturas de su misma naturaleza! Tienes que decírmelo, Sandra. ¿Dónde están, dónde se esconden, de dónde..., de dónde vinieron —exigió salvajemente.

La había vuelto a atenazar por los hombros y la sacudía con violencia sin límite, de forma que la cabeza de Sandra se agitaba violentamente como si fuese a desgajarse de los hombros.

Finalmente, Burt la soltó, asustado de sí mismo.

Sobre los lechosos hombros de la mujer quedaron marcados los dedos del médico como manchas sanguinolentas.

—No quiero, no puedo, no hablaré, no diré nada —gimió ella—. Sólo sé que le amo. Y en compensación te odio a ti, Cavendish... ¡Vete de aquí! ¡Te odio, te odio...!

Cavendish retrocedió como si un gigante le hubiera golpeado en el pecho.

¿Qué podía hacer en aquella casa?

Adoraba a aquella mujer, la seguía amando con mayor intensidad aún, con todas las fuerzas de su ser. Pero ella..., ella le rechazaba con saña, fríamente, sin compasión.

Incapaz de pronunciar una sola palabra, atravesó el salón, salió al vestíbulo, abrió la puerta y salió.

El vendaval agitó sus cabellos y el frío se introdujo entre sus huesos, obligándole a estremecerse.

Anduvo a largos pasos Walston Road adelante, impulsado siempre por el vendaval.

La influencia del alcohol había huido ya. Había bebido, sí, desesperadamente, porque se sentía infeliz y obsesionado.

No sentía miedo. Por el contrario, un rencor sordo, una rabia profunda iba germinando alocadamente en su corazón.

Odiaba a Glen, al hombre que había venido a perturbar su vida, a introducir la locura en su cerebro y la decepción en su corazón.

Anduvo mucho tiempo, siempre en la misma dirección, sin advertir que dejaba atrás aquella zona residencial y llegaba al centro de la ciudad.

Tampoco oyó el suave chirrido de unos frenos ni vio el coche que se detenía a su altura, al borde de la acera donde los remolinos del vendaval jugaban con un montón de sucios papelotes.

Un brazo brotó de una ventanilla, unos dedos largos y fuertes lesujetaron por el vuelo de la chaqueta.

—¿Por qué no sube, doctor Cavendish? —se oyó la voz—. Puedo llevarle a donde usted quiera.

Burt se estremeció.

Pero no había nada que temer: a través de la portezuela del coche aparecía el rostro redondo y simpático del teniente Hurckley.

Se sentía cansado. ¿Por qué no aceptar la invitación del policía?

Murmuró un apagado «gracias», abrió la portezuela del otro lado y se dejó caer con un suspiro de alivio sobre el mullido asiento.

Hurckley le ofreció un cigarrillo y aproximó la llama de su encendedor a la punta de su cigarrillo.

Burt aspiró con ansiedad el humo del cigarrillo. Y tras dos o tres profundas chupadas se sintió mucho mejor.

Entretanto, Hurckley había arrancado y conducía despacio sin rumbo fijo.

—No tiene muy buen aspecto, doctor —comentó el policía—. ¿Alguna contrariedad?

Los perspicaces ojillos grises de Hurckley le vigilaban sin cesar.

Burt hinchó el pecho de aire. Se sentía a gusto, cómodamente instalado en el coche de Hurckley, protegido del frío, del huracanado viento y también, ¿por qué no confesarlo?, de sus tempestuosos pensamientos.

Como Cavendish no respondiese a la pregunta del oficial de policía, éste volvió a hablar.

—¿Sabe una cosa, doctor? Creo que no me dijo una sola verdad

cuando le interrogué en el Hospital del Estado.

Aunque el primer sorprendido fuese él, aquellas palabras no inquietaron a Burt.

Hurckley seguía hablando. Lo hacía en un tono íntimo, confidencial, que ejercía un efecto tranquilizador en el tormentoso estado de ánimo del doctor Cavendish.

—Es curioso: Bill Brown, uno de mis agentes, me contó una historia alucinante, difícil de creer. Esperaba que usted pudiera corroborarla, doctor. Pero usted me sorprende al confesar que no sabe nada de esos extraños hombres-perro... Tampoco contestó a mis preguntas sobre cómo había llegado al vertedero de basuras, distante varios kilómetros de la ciudad. Creo, doctor, que usted calló cosas importantes... ¿Cuál es su temor exactamente, señor Cavendish?

Burt expulsó lentamente el aromático humo del cigarrillo. Y confesó, vacilante:

—Es cierto que callé... Y en cuanto a mi temor, sinceramente sospechaba que usted o cualquier otra persona que me escuchase interpretaría mis palabras como el relato de un desequilibrado. En realidad...

—¿Sí? —murmuró Hurckley, profundamente interesado.

—Yo mismo desearía creer que todo fue un sueño —declaró Cavendish.

—¿Por qué no me lo cuenta todo, doctor? —sugirió el policía, con voz amable.

Alzó el pie del acelerador. El automóvil rodaba despacio a lo largo de las silenciosas y desiertas avenidas. El viento seguía zumbando, fuerte.

Burt le habló de Glen, del enigmático albino que se había ganado la voluntad de la doctora Summerfield.

Y contó, con voz concentrada y vibrante, su clandestina visita al *bungalow* de la avenida Walston.

—Quizá usted no quiera creerlo, teniente —Burt se volvió a mirar de reojo al policía—, pero he llegado a la conclusión de que ese Glen, sea hombre o animal, *no pertenece a nuestro mundo.*

Hurckley dejó escapar una exclamación de asombro:

—¿Quiere…, quiere decir con eso que se trata de un… extraterrestre? —preguntó, pasmado.

—Sí —afirmó el psiquiatra, impávido.

—Pero todo ello es… increíble, doctor. ¿Cómo puede pensar tal cosa?

—Trataré de explicárselo. Pensamos, en principio, que Glen había sido atropellado por algún vehículo y que como consecuencia del accidente perdió la memoria. Sin embargo, lo corriente en los amnésicos es que puedan expresarse normalmente en su idioma, aunque no sean capaces de recordar absolutamente nada de su pasado.

—¿Y Glen…?

—Al principio, sólo farfullaba unos sonidos guturales, más propios de una fiera que de un ser humano. Pero luego, la noche en que penetré en casa de Sandra a través de la cocina, le oí expresarse con facilidad en un idioma raro, fonéticamente desconocido para mí, que conozco varias lenguas.

—Siga, por favor —rogó Hurckley—. ¿Hay algo más que le incline a deducir que ese Glen vino de algún lugar del espacio exterior?

—Desde luego. Su peso, por ejemplo, muy inferior al de cualquier terrestre de su estatura y corpulencia. Se diría que la densidad de sus músculos, huesos y entrañas es mucho menor de la de cualquier humano. Y ello puede comprobarlo interrogando a los policías que le encontraron malherido —afirmó Burt.

Hurckley reflexionó. Durante unos segundos, los dos hombres permanecieron en silencio.

—Es fantástico —reconoció Hurckley, al fin.

—Sí. Fantástico y escalofriante. Para mí, Glen resulta abominable. Mitad vampiro, mitad bestia carnicera. Sus labios ocultan una dentadura poderosa, más propia de un lobo que de un hombre… Dientes capaces de desgarrar los músculos, en vivo —respondió Burt.

El policía se enjugó el sudor que brotaba de su frente con un rápido gesto de su mano izquierda.

—Veamos, doctor Cavendish: dijo usted que había penetrado subrepticiamente en el *bungalow* y que sorprendió allí a Glen en compañía de la doctora Summerfield. ¿Qué ocurrió?

—Durante unos segundos, me sentí asaltado por la furia homicida. Estuve a punto de penetrar en el salón y disparar ciegamente sobre Glen hasta agotar el tambor de mi revólver. Sin embargo, me contuve. Temía herir a Sandra. Y decidí abandonar la casa y denunciar a la policía la presencia de Glen. Cuando volví a la cocina, alguien se abalanzó sobre mí...

Cavendish narró su lucha con el desconocido. Y su sorpresa al comprobar cómo era capaz de voltear con suprema facilidad a su agresor.

—Lo vi allí, en el suelo a seis metros de distancia, con un brazo roto, rugiendo como un animal. Era muy parecido a Glen, albino, de ojos rojos y pupilas negras como el carbón. Me miró fijamente, como una fiera babeante. Ya me disponía a disparar sobre él, cuando alguien me sujetó por la espalda...

—¿Glen?

—¿Cómo puedo saberlo? Me he preguntado muchas veces cuántos individuos como Glen se ocultan en esta ciudad... En cualquier caso, tengo la evidencia de que existen más individuos semejantes a Glen. El que me atacó en la cocina, en plena oscuridad...

—Dijo que una segunda persona le atacó por la espalda —le interrumpió el policía, cada vez más inquieto—. ¿Qué ocurrió?

—Fuese quien fuese, se trataba de un experto en anatomía. Sentí sus dedos palpando mi cuello, apretando con fuerza mis venas... Sentí un vahído, mi vista se nubló. Debí caer al suelo. Antes de perder por completo la conciencia, todavía pude escuchar unas frases extrañas pronunciadas en tono autoritario, enérgico...

—¿Y después? Usted declaró que no sabía cómo pudo llegar al vertedero de basuras próximo al cementerio de Caspers Hill —dijo Hurckley.

—Mentí —confesó el psiquiatra—. Temí que me tomaran por loco, ¿comprende?

—Entiendo —respondió Hurckley, aguantando la respiración—. ¿Entonces?

El intermitente derecho del automóvil destelló en la noche. Hurckley acababa de detener el vehículo junto a la acera para dedicar toda su atención al relato del doctor Cavendish.

—No sé cuántos individuos ocupaban el *bungalow* —narró Burt—. Pero debieron arrástrame hasta el exterior. Soy un hombre sano y fuerte, teniente, por lo que el viento frío que soplaba fuera me despejó. Me sentía muy mareado, pero no tanto para no advertir que me llevaban a alguna parte.

Según Cavendish, pudo percibir el rumor de algún objeto metálico y luego advirtió que le descolgaban a través de un pasadizo muy estrecho y maloliente.

—¿Una cloaca? —preguntó Howard Hurckley.

—Así era. El hedor de las aguas sucias alborotaba mí estómago, pero contuve mis náuseas y permanecí inmóvil, dejándome llevar, con los ojos cerrados. En la oscuridad, veía brillar como carbúnculos rojizos los ojos de aquellos seres de pesadilla.

—¿Adónde le llevaron?

—¿Cómo podía saberlo en medio de las tinieblas más espesas? —protestó Burt—. Sólo veía, a veces, sus ojos malignos. Ellos, por el contrario, se movían fácilmente, como felinos, sin tropezar…

Hurckley sacó un paquete de cigarrillos y ofreció al psiquiatra, que encendió uno con gran ansiedad.

—De repente, advertí que se detenían. Abrí los ojos Había una luz en lo alto de una bóveda. Incluso pude leer un rótulo: «Walston Road». ¡Nos encontrábamos bajo la avenida Walston, en una inmensa cloaca de diez metros de anchura, donde confluían otras alcantarillas de menor anchura! El agua corría rumorosa por el ancho canal, pero lo que me dejó atónito fue lo que vi sobre las aguas.

—¿Qué era? —inquirió Hurckley, con la garganta seca.

—Cinco esferas de unos dos metros de diámetro flotaban en el canal. Fosforescían con un destello azulado, fantasmal. Me preguntaba qué podían significar aquellos objetos, cuando escuché una voz autoritaria: *«¡Kerwen!»*. Giró la cabeza y vi a Glen, rodeado de otros cuatro individuos muy semejantes a él. Me miraban con una expresión horrible, como…

—Explíquese.

—Es horroroso, Hubiera jurado que me miraban con hambre... —confesó Cavendish con voz ronca y dificultosa.

Hurckley dejó escapar una sonrisa nerviosa.

— Vamos, vamos, doctor Cavendish. Todo eso... es increíble —manifestó.

—¿LO ve? —respondió rápidamente Burt—. Por eso no quise hablar cuando me interrogó en el hospital. Todo esto es demasiado fantástico. Comprendo que no quiera creer una palabra. Pero le juro que es la pura verdad.

CAPITULOVII

Hurckley movió la cabeza dubitativo.

—En fin, siga hablando. No tengo sueño y usted necesita desahogarse, Cavendish. ¿Qué ocurrió a partir de allí?

—Vi cómo Glen se aproximaba a una de aquellas esferas azuladas y posaba una de sus manos sobre la lisa superficie. Una sección elíptica se abrió a un costado y Glen desapareció en su interior. Dos de sus compañeros me arrastraron hasta el borde de la cloaca y en breves instantes fui introducido en otra esfera.

«Nadie ocupaba el extraño «vehículo», excepto yo mismo, por lo que abrí los ojos y me incorporé en el habitáculo, que ocuparía la mitad superior de la esfera.

«Inútilmente traté de escapar, golpeando las partes curvas. Aunque la esfera daba la sensación de transparencia, nada pude ver al otro lado. De repente note una insólita trepidación a mi alrededor. Supuse que el «vehículo» iba a ponerse en movimiento. En cualquier caso, la aceleración debió ser tan intensa que mi cerebro parecía ir a estallar. Entonces, por fortuna, rae desmayé por segunda vez.

—¿Eso fue todo?

No recuerdo nada más. Debieron llevarme hasta el vertedero próximo a Caspers Hill. Y allí...

Miró al policía. Y advirtió su expresión escéptica.

—¿Cree que estoy loco? —estalló, de repente, Cavendish—. Si es así, lo mejor será que baje de su coche y nos separemos.

Pero Hurckley le detuvo suave, pero firmemente, por un brazo.

—Cálmese, por favor —rogó—. Y no, no le creo un perturbado. Pero debe comprender mi confusión, Cavendish. En cierto modo...

—¿Qué? —preguntó Burt, más sosegado por las razonables palabras del policía.

—Hay cierta lógica en su relato. Por ejemplo: muy cerca del vertedero donde le encontró Ed Tompson pasa el río. Y justamente es por aquella zona por donde vierte el colector general de la ciudad...

Se interrumpió de repente al advertir que el doctor Cavendish no le prestaba atención, hermético y lejano.

Y le sorprendió su brusca e inesperada reacción.

—Es tarde ya —dijo—. ¿Le importaría llevarme a casa, teniente?

—De acuerdo. ¿Vernon Street, doscientos noventa y uno?

—Exactamente. Tiene una memoria excelente, teniente. Le agradeceré el favor: a estas horas sería poco menos que imposible encontrar un taxi —dijo Cavendish.

Hurckley puso el coche en marcha y se desvió en la primera travesía.

Cuando se detuvieron en la calle Vernon, el reloj del policía señalaba las tres.

Cavendish murmuró un rápido gracias, bajó del coche y penetró en el edificio de apartamentos marcado con el número doscientos noventa y uno.

Hurckley, viéndole desaparecer, se encogió de hombros y se alejó Vernon Street adelante.

—Es curioso —murmuró—. Un momento antes no demostraba la menor prisa y, ahora... En fin, es posible que el doctor Cavendish esté tan loco como una cabra.

***

Cavendish se sentía asaltado por una extraña excitación.

Tenía sed, pero prefería mantenerse sobrio y despierto, por lo que devolvió a su sitio la botella de whisky y penetró en el amplio y confortable dormitorio.

—¡Sí! —exclamó—. ¿Por qué no?

Abrió con un ademán decidido el cajón de la mesilla de noche y acarició la culata del arma.

Era una excelente pistola-ametralladora «Walker», calibre veintidós. Suficiente, sin embargo, para garantizar su defensa.

Tomó igualmente dos cargadores, introdujo uno en el brocal de carga de la pistola y se guardó el otro en un bolsillo del pantalón.

Había comprado la pistola aquella misma tarde. Por un momento, Cavendish estuvo a punto de llevarla consigo cuando decidió visitar a Sandra Summerfield en su *bungalow* de Walston Road.

Pero sintiéndose ebrio y dudando de sus propias reacciones, decidió dejarla en su apartamento.

Ahora, sin embargo, estaba dispuesto a llevarla consigo en su nocturna excursión.

¿Hacia dónde pensaba dirigirse?

El teniente Hurckley le había sugerido la idea un momento antes cuando mencionó el vertedero de basuras de Caspers Hill.

Una insoportable ansia por saber, una curiosidad sin límites se había despertado en él.

¿Por qué le habían llevado al vertedero de basuras?

—Quizá porque se trata de un lugar alejado, maloliente, inhóspito, seguro para cualquiera que desee cometer alguna acción reprobable —se dijo Cavendish.

Curiosamente, Burt no experimentaba miedo. Sólo aquella excitación salvaje y el ansia de exterminar a Glen y a sus monstruos comedores de carne humana viva.

Buscó una linterna y la guardó en uno de los holgados bolsillos de su chaquetón de piel.

En seguida volvió al saloncito, descolgó el teléfono y pidió un taxi.

—Estaré aguardando en la calle, a la altura del número doscientos noventa y uno de Vernon Street —añadió.

Descendió a la calle y notó el chasquido de la puerta al cerrarse automáticamente a su espalda.

El tiempo había empeorado. Las ráfagas de viento huracanado seguían azotando las fachadas de los grises edificios y la temperatura

había descendido mucho.

Oscuros nubarrones se desplazaban velozmente sobre el firmamento. Pronto comenzaron a caer heladas chispitas de lluvia que salpicaban el pavimento.

Sacó un paquete de cigarrillos que había recogido en su apartamento y fumó impaciente.

Habrían transcurrido unos quince minutos cuando al extremo sur de Vernon Street distinguió los faros del automóvil que se aproximaba a gran velocidad.

¡Era el taxi!

El conductor frenó junto a la acera de frente, giró en el centro de la calle y se aproximó al encintado.

Rápidamente, Cavendish cruzó la acera, asió el cierre de la portezuela y se dejó caer sobre el asiento posterior.

El conductor contestó con un gruñido a su saludo.

—¿Dirección? —.preguntó. Tenía un extraño acento vocal, pero el médico no reparó en ello ahora.

El automóvil se había puesto en marcha suavemente y corría ya sobre el pavimento, brillante por la lluvia.

—Quiero que me lleve a Caspers Hill. Ya sabe: allí se encuentra un viejo cementerio abandonado —explicó Cavendish—. Pero no tema, no voy a atracarle. Soy el doctor Burt Cavendish, psiquiatra. ¿Quiere echar una ojeada a mi documentación?

El hombre negó con la cabeza sin volverse. El automóvil aumentó ostensiblemente su velocidad, dirigiéndose hacia el sur.

El conductor del taxi no parecía ser un hombre curioso, ni desconfiado, por añadidura.

«Tanto mejor», pensó Burt.

El taxi alcanzó finalmente la carretera que llevaba al suburbio llamado Gardensborough.

Sin volver la cabeza, el taxista preguntó:

—Es un lugar muy tétrico, doctor Cavendish. ¿No tiene miedo de que alguien le asalte allí?

—Es cosa mía —respondió el médico, adusto—. Porotra parte, nada tiene que temer. Si lo prefiere, puede dar la vuelta y regresar a la ciudad en cuanto me haya dejado en Caspers Hill. De todas formas, añadiré una buena propina al precio de la carrera.

El hombre no pareció emocionarse demasiado.

—Al menos —dijo—, supongo que llevará una pistola, doctor. En un lugar así, nunca se sabe lo que va a ocurrir.

Ya se disponía a contestar afirmativamente, cuando se arrepintió.

—No —negó—. No llevo ningún arma. Confío en que no me será necesaria.

Callaron durante unos minutos. El taxi rodaba veloz a lo largo de la estrecha carretera.

Llovía ya torrencialmente y los limpiaparabrisas se movían rítmicamente, incapaces, sin embargo, para asegurar una buena visibilidad.

—Es curioso —dijo Cavendish en voz alta—. Habla usted con un extraño acento extranjero, amigo. ¿Checoslovaco, búlgaro?

El otro contestó con un gruñido que lo mismo podía interpretarse como afirmación que como negación.

Cavendish no volvió a insistir.

Sin embargo, se sentía intrigado por la actitud del otro: ni una sola vez se había vuelto en su asiento, de forma que a Cavendish le había sido imposible escrutar sus facciones.

Por lo demás, el conductor del taxi protegía sus ojos con unas amplias gafas oscuras, cubría su cabeza con la gorra reglamentaria e incluso el cuello de su cazadora de piel estaba alzado hasta por encima de la nuca.

Cavendish se agitó, inquieto.

Sin embargo, un momento después desechaba cualquier temor, vencida su desconfianza por el afán de saciar la curiosidad que le atormentaba.

En una noche tan desapacible, ¿qué importancia tenía que el taxista procurase protegerse del frío lo mejor posible?

Cavendish se inclinó hacia adelante, impaciente. No era mucho lo que podía ver a través del parabrisas, surcado por chorros de agua, pero sí pudo comprobar que el automóvil ascendía a mediana velocidad una pronunciada pendiente.

Las cunetas servían de cauce a las rojizas aguas tumultuosas. A veces la lluvia era tan intensa que el mismo firme de la carretera simulaba una laguna.

Entonces, los neumáticos del coche perdían contacto con el pavimento y el vehículo patinaba espectacularmente, desviándose peligrosamente de cuneta a cuneta.

—No sea loco —le reconvino el médico—. Si sigue corriendo así, terminaremos en el hospital.

—Pero usted parece demostrar una gran ansiedad por llegar cuanto antes a Caspers Hill, señor... —insinuó el hombre, burlón.

Cavendish se encogió de hombros.

En realidad, ¿qué importaba nada?

«Está bien, maldito diablo —pensó—. ¡Corre cuanto quieras, despéñate, destroza el coche, mátate, si te parece! Pero llévame antes hasta Caspers Hill.»

Seguía diluviando cuando el taxi abordó la larga cuesta que terminaba ante los viejos muros semiderruidos del cementerio de Caspers Hill.

¡Finalmente, ya en la cima, el vehículo aminoró la marcha y se desvió a la izquierda.

Los neumáticos patinaron sobre el lodo, arrojando surtidores de fango a ambos lados.

Finalmente, el taxi se detuvo ante la oxidada verja del antiguo camposanto.

—Caspers Hill, señor —.dijo el conductor, sin girar la cabeza.

—Bien. Tenga: cincuenta dólares. ¿Es suficiente...? —Cavendish ofrecía diez billetes de cinco dólares al taxista.

Con extremada lentitud, el hombre se volvió hacia él por vez primera.

—.No, no, doctor; la carrera es gratuita —dijo.

Cavendish agarraba ya la manivela del cierre de la portezuela, pero se detuvo, pasmado de asombro.

—¿Está en sus cabales, amigo? —barbotó—. Se tratade un servicio nocturno, de una noche de perros y…,ahora se niega a cobrar. Me parece estúpido que… Pero el hombre le interrumpió:

—No tanto, doctor. En realidad, no le regalo nada, puesto que pienso obtener alguna recompensa a cambio del viaje —confesó.

Cavendish le contempló durante unos segundos, profundamente consternado.

¿Quién era aquel tipo?

¿Un trastornado, un maníaco tal vez…?

Lo supo en seguida. Con un rápido gesto, el taxista se libró de la gorra y de las gafas oscuras.

Y Cavendish dejó escapar una exclamación al contemplar aquel rostro pálido, demacrado; aquellos ojos rojizos, malignos; aquellos cabellos albinos, casi blancos.

—¡¡Glen…!! —gritó.

Quiso huir.

Porque el terror le impulsaba a escapar locamente, a huir de la proximidad de aquel extraño ser.

Pero el propio estupor paralizó sus miembros y congeló sus músculos.

Entretanto, Glen reía y reía. Era insólita su risa: una serie de sonidos guturales, agudos.

Una verdadera risa de hiena, de animal, de fiera.

Luego se interrumpió. Contemplaba a Cavendish fijamente, pero el médico rehuyó la mirada con un esfuerzo de voluntad.

Porque aquellos ojos color sangre le mareaban, le envolvían, le cercaban sin piedad.

—¿Glen? —exclamó el otro—. Bien, es cierto. Así me llama la doctora Summerfield. Pero ése... no es mi verdadero nombre, querido doctor...

El codo del brazo derecho de Cavendish entró en contacto con el bulto de la pistola que llevaba en el bolsillo.

Inmediatamente, el médico reaccionó. No era un ser indefenso, no era una víctima propiciatoria e impotente ante aquel extraño ser.

Debía poner toda su voluntad en resistir la mirada roja y poderosa de los ojos de Glen; debía, por encima de todo, sustraerse a su maligna influencia.

E indagar, saciar su curiosidad.

Alzó los ojos. Y le miró.

Advirtió la mandíbula prognática y aguda, los labios finos, incoloros, leporinos. E incluso el abultamiento, bajo las escurridas mejillas, de la poderosa dentadura.

Contempló aquella piel descolorida, blanca, casi transparente. Y la forma cuadrada e insólita de las diminutas orejas.

Se detuvo en observar, pasmado de asombro, las cejas oblicuas, muy pobladas de aquellas cerdas canosas y finas.

Vio también los inmensos globos oculares, el gran iris rojo, fosforescente, propio de una criatura noctivaga; y vio también los raros párpados transparentes, a través de los cuales podía mirar las venosidades rojizas de los globos...

Una repugnancia intensa, en la que el pánico afloraba más de lo que hubiera deseado, se apoderó de él.

Glen le repelía. Y al mismo tiempo incubaba en Cavendish un rencor hondo y ciego.

Pero su ánimo estaba fortalecido ahora y la fija mirada luminosa de los ojos de aquel ser no conseguían domeñar su voluntad.

—¿Quién eres, en verdad? —escuchó Cavendish su propia voz, que le pareció ronca y desconocida.

—¿Quién soy —de nuevo se oyó aquella risa animalesca, que producía extrañas resonancias dentro del interior del automóvil—. Los míos me llaman Warrath, que significa «El-Gran-Devorador». Puedo explicarle, doctor, por qué me llaman así.

—Dígalo —exigió el módico, iniciando disimuladamente un lento avance de su mano derecha hacia el bolsillo donde guardaba su «Walker».

—¿No lo adivina, querido doctor? —los labios de Warrath se entreabrieron, permitiendo contemplar las puntas cortantes de sus temibles incisivos—. *Yo soy un tremendo devorador.* Padezco de hambre continuamente,mi ansia de comer jamás se sacia… Y ahora quizá comprenda por qué he reusado cobrarle la carrera, doctor Cavendish

Burt palideció.

Luego, de repente, abrió la portezuela y se dispuso a saltar fuera. Pero Glen Warrath le detuvo con un rápido gesto de su larguísimo brazo.

—¡No salga Cavendish! Los «míos»está ahí fuera. No lograría escapar de ellos, puede creerlo —Advirtió, maligno.

CAPITULOVIII

A su pesar, Cavendish se detuvo, helado de espanto.

Y sus ojos, extraviados, taladraron las tinieblas, ansioso por comprobar la veracidad de la advertencia de Warrath.

Fuera, la oscuridad era total.

Warrath había apagado la luz de los faros y en el interior del automóvil apenas existía una tenue claridad proveniente de las luces del tablero de instrumentos.

Cavendish no podía ver nada en el exterior. Pero la amenaza de aquel ser pesaba demasiado en su ánimo.

Quizá en la oscuridad, vigilándole a través de aquellos ojos fosforescentes, diabólicos, hubiese una docena de seres como Warrath, ansiosos por... *devorarle.*

—¿Cuántos..., cuántos son? —preguntó, cerrando con un movimiento brusco la portezuela.

Warrath volvió a dejar oír aquella risa lúgubre, que sonaba a bisagra enmohecida y a aguas que discurren por una estrecha cloaca.

—¿Cuántos? —repitió luego—. Oh, no muchos... Usted mató a uno de los míos, doctor, ¿recuerda? Fue en el *bungalow* de la doctora Summerfield. Le quebró un brazo... y la espalda. Brak murió hace sólo tres días. También la... policía mató a otros dos, ¿comprende? Luego...

—¿Qué? —quiso saber Cavendish, que se mantenía tan tenso como el cable de un cabestrante en acción.

—Algunos murieron por falta de... alimentos —confesó Warrath, cuyas fauces se habían distendido hastaalcanzar el doble de su anchura normal—. Ahora... tal vez seamos unos... cincuenta *guldish.*

—*¿Guldish?* —inquirió Cavendish, entre pasmado y yerto de horror.

Warrath se irguió sobre el asiento, de forma que su cabeza tropezó con el techo del vehículo.

—*Guldish,* sí —confesó, orgulloso—. Yo soy un *guldish,* un caníbal, para que lo entienda mejor. Y usted, doctor Cavendish, es mi presa ahora. Esta vez no le permitiré escapar.

Burt retrocedió instintivamente. Pero el límite de su retroceso estaba en el respaldo del asiento. Y allí permaneció, encogido y tenso.

Quiso sacar la pistola que empuñaban ya sus ateridos dedos, pero no lo consiguió: sus músculos se resistían a poner en práctica la orden dimanada de su cerebro.

Pero Warrath no se había movido.

Su mandíbula inferior se movía rítmicamente, como remedando inconscientemente la mecánica de la masticación.

—¡Dígame una cosa, Warrath —Cavendish se esforzaba por vencer su intenso estupor, por ganar tiempo de alguna manera—: Hay algo que me intriga profundamente…

—¿Qué… es ello? —Warrath parecía tener problemas para articular las palabras.

—¿Cómo consiguió este coche, cómo es posible que obtuviera información sobre mi petición de un taxi?

—Tenía ya el… coche. En realidad, estuve a punto de abordarle en la ciudad, cuando usted subió a otro automóvil. Usted es peligroso, doctor; representa un peligro cierto para nosotros, puesto que logró escapar y sabe algunas cosas. Le hemos vigilado constantemente, ¿comprende? Debíamos atraparle y eliminarle. El taxi, falso, era un buen sistema…

Cavendish se sentía asombrado.

—Es cierto, puesto que raras veces utilizo mi coche. ¿Pero cómo supieron que yo había pedido un taxi?

—Ya le dije que… le vigilábamos. Uno de mis *guldish*manipuló en su teléfono y lo…, ¿cómo se dice…?; lo intervino, ¿entiende?

Los poderosos y terroríficos caninos de Warrath asomaban bajo sus fauces como alfanjes de marfil.

Y contemplando, fascinado y aterrado, aquella descomunal dentadura que a veces parecía plegarse dentrode la boca, Cavendish tuvo la evidencia de que se encontraba ante un ser de otro planeta.

Un ser inteligente y lúcido, mitad hombre, mitad fiera carnicera.

Y lo dijo:

—¿De dónde..., de dónde provienen los *guldish,* Warrath? Ustedes..., ¡ustedes no son humanos, no pertenecen a nuestro mundo!

Su interlocutor asintió con un gruñido. Era ostensible que los tremendos colmillos suponían un obstáculo para él, a la hora de articular las palabras.

—¿Quiere hacerme hablar? Bien... No tengo prisa, doctor... Aunque... mi hambre comienza a despertarse, ¿no lo ha advertido?

—Quiero que responda a lo que le he preguntado —exigió Cavendish, intentando distraer la atención del horrible Warrath.

Por un instante, y antes de que aquel ser respondiese, Cavendish relacionó mentalmente a Warrath con la delicada y bellísima Sandra Summerfleld.

Imaginó a Sandra en brazos de «Glen», a Sandra prodigando caricias a aquel monstruo. Y sintió que el rencor más profundo y violento se desencadenaba dentro de su pecho.

—No es posible... —dijo en voz alta.

—¿A qué... se refiere? —preguntó Warrath.

—Nada. O mejor dicho, sí: hable.

—Le daré esa satisfacción. A fin de... cuentas, usted no podrá revelar lo que va a oír a nadie..., jamás.

Cavendish disimuló un escalofrío. Y apretó su pistola en el interior del bolsillo para darse a sí mismo una pizca del ánimo que comenzaba a faltarle ya.

—Tiene razón..., doctor —confesó Warrath, con gran esfuerzo—. Los *guldish* somos ajenos a este planeta, alque ustedes llaman Tierra y nosotros *Gee,* es decir, cuerpo azul.

—Luego..., ¡es cierto! —exclamó el médico, aturdido. —Procedemos de un lejano planeta al que llamamos Ngoi-Path, pero que los terrestres conocen con el nombre de... Urano —explicó el *guldish.*

—¡Urano! —repitió Burt como un eco.

¿Era posible prestar algún crédito a Warrath? Cavendish no sabía mucho acerca del distante planeta pero entre sus estudios estudiantiles podía seleccionar algunas nociones relacionadas con Urano: hielos

eternos, imposibilidad de vida animal tal como un terrestre podría concebirla. ..

Era inconcebible, ciertamente.

Pero también lo era que un ser de dos metros de estatura, como Warrath, de complexión y volumen normales pesase…, escasamente cincuenta kilos.

¿Y aquellas asombrosas esferas azules que flotaban sobre el agua y podían trasladarse velozmente a través de los intrincados y oscuros laberintos de las cloacas?

Warrath seguía hablando, ajeno por completo a los turbulentos raciocinios en que se debatía el doctor Cavendish.

—…Que se equivoca al afirmar que los *guldish* no somos humanos. Es decir, que no poseemos facultades humanas e incluso sentimientos.

—¿Sentimientos? —se burló Burt, hiriente—. ¿Sentimientos… unos seres que devoran a otros, que tal vez sean capaces de… devorarse entre sí?

No reía Warrath ahora. Por el contrario, su expresión era de horrible severidad.

—Acierta. Hasta hace poco, los *guldish* hemos estado devorándonos unos a otros. Y sin embargo, hemos decidido rectificar nuestra conducta. Por eso vinimos a la Tierra —confesó.

—¡Es horrible! —exclamó el médico sin contenerse.

—¿Qué es… tan horrible? —quiso saber Warrath.

—¿Lo pregunta? Usted lo sabe de sobra: alimentarse a base de un cuerpo humano, de los cuerpos de unos seres tan parecidos a ustedes mismos.

En la lejanía brilló un destello.

Warrath se volvió rápidamente. Pero la distante luz desapareció y el Gran Devorador pareció serenarse.

—Es de noche —dijo al fin—. Nadie nos molestará aquí —señalaba el cementerio con un gesto perentorio de su mandíbula animalesca—. Así que voy a perder el tiempo en abrirle los ojos, doctor. Quizá después de haberme escuchado tenga una opinión más acertada de

nosotros, los *gundish* de Ngoi-Path..

CAPITULOIX

Desde luego, ningún individuo del clan se había atrevido jamás a ascender hasta la helada superficie de Ngoi-Path (Urano).

Bueno, tal afirmación no era enteramente exacta: a lo largo del tiempo que los más ancianos *guldish* podían recordar, algunos locos individuos —jóvenes y fanáticos, por lo regular— habían osado emprender la fantástica aventura de echar una ojeada fuera de los tibios refugios subterráneos.

Pero ninguno de ellos había regresado jamás, por lo cual los guldish *de las generaciones anteriores ignoraban por completo el aspecto de la superficie del planeta Ngoi-Path.*

En los albores de la vida en Ngoi-Path, la vida de los *guldish* debió ser terrible, eternamente sepultados en las oscuras profundidades.

Pero se trataba de seres inteligentes y a lo largo de generaciones y generaciones fueron perfeccionando una técnica fundamental: *sobrevivir.*

Necesitaban más agua que el fino hililllo que descendía hasta las profundidades, producto del hielo fundido por el vaho caliente que escapaba a través de las galerías abiertas en el seno de la roca.

¡¿Cómo conseguían el agua necesaria? Era una cuestión delicada: habían de obtener solamente la justa, porque un exceso del precioso líquido podría anegar sus grutasvivacs y provocar una catástrofe.

Los *guldish* cargaban carbón mineral en unas espuertas tejidas con tiras de piel humana, extraída de los cadáveres de sus propios deudos, fallecidos por accidente o de muerte natural.

Y ascendían por las oscuras galerías hasta donde su propio aliento comenzaba a helarse. Allí prendían fuego al carbón sirviéndose de pedazos de cuarzo y una fina yesca fabricada con musgo cocido y molturado.

El aire se calentaba á altas temperaturas, ascendía por las chimeneas excavadas en la piedra y arriba, donde los *guldish* no se atrevían a llegar, fundía el hielo y el agua descendía abundante hasta las cavernas.

(Los *guldish* componían un numeroso clan de unos tres mil

individuos. Su alimentación era elemental y primitiva: hongos y líquenes, que crecían abundantes a trescientos metros por debajo de la superficie helada de Ngoi-Path.

No adoraban a otro dios que a Waal, el Fuego, que les permitía seguir viviendo en aquellas atroces condiciones.

Vestían rústicas ropas que pasaban de padres a hijos y que constituían un verdadero tesoro.

Sus vestidos estaban hechos de cabellos humanos, reforzados con piel... igualmente humana.

Por todo ello, para los *guldish* un cadáver tenía un valor inconcebible. Los cadáveres no se enterraban: se aprovechaban casi íntegramente.

De los cabellos, como se ha dicho, obtenían vestidos con los que defenderse de su más cruel enemigo: el Frío.

Con la piel, ya seca y curtida con unos polvos rojizos extraídos de la entraña pétrea, se reforzaban los vestidos y se fabricaban rústicos bolsos y otros enseres.

Los cráneos servían como recipientes donde beber el agua, y algunos huesos se utilizaban como agujas con las cuales coser los vestidos y otros útiles.

El resto era almacenado como una reliquia en una distante caverna llamada Pnaweck, es decir, «La-casa-de-los-que-se-fueron».

Los *guldish* no disponían de armas. ¿Para qué podían servirles, si no tenían otro enemigo que el Frío? Paraluchar contra éste, sólo contaban con la protección de Waal, el Dios-Fuego.

Los *guldish* alimentaban desde el principio rememorable una ilusión, un ardiente deseo: vivir en la Luz, abandonar las Tinieblas, conseguir y conquistar un mundo cálido y acogedor, disponer de alimentos adecuados, más sabrosos que los insípidos y odiosos hongos.

En aquellos remotos tiempos, los *guldish* se transmitían la Historia y la Cultura de forma oral, como es lógico.

A lo largo de su elemental Historia, descollaban las visiones de sabios o profetas como Hinn, Blaweck y Thori.

Aquellos sabios habían soñado cosas tan maravillosas como mundos donde no existían las superficies heladas, donde imperaba el color verde de los innumerables vegetales y a través de los cuales se movían y pastaban multitud de animales hermosos, vivaces y útiles, *que podían servir de alimento.*

Thori había tenido una visión particularmente fantástica: un mundo cálido y acogedor, sobre el cual se movían unos rarísimos aparatos llamados *jaish* (vehículos). Los *guldish* subían a estos vehículos y eran rápidamente trasladados por el espacio hacia puntos remotos que el ensueño de Thori no conseguía concretar.

También Blaweck (que había vivido quinientos años más tarde), había experimentado visiones semejantes. Blaweck había ido más lejos: había llegado a describir con toda clase de detalles cómo hacer posible la fabricación de tales vehículos.

Naturalmente, los más prudentes *guldish* no tomaban aquellas visiones como algo real y digno de tenerse en cuenta, sino simplemente como algo abstracto, que sintetizaba el ardiente deseo de los *guldish* de encontrar un mundo más amable y luminoso que aquél, oscuro, tenebroso y elemental, en el que se veían obligados a sobrevivir.

El hábitat de los *guldish* estaba formado por una intrincada red de galerías subterráneas, enormes grutas y yacimientos donde abundaban los más ricos minerales,de los cuales— aunque con una técnica rudimentaria— los *guldish* prendieron pronto a extraer duros metales.

En la loca quimera de escapar a su mundo de tinieblas eternas, los *guldish* decidieron explorar la larga red de galerías subterráneas, más allá aún de la gruta funeraria llamada Pnaweck, que para ellos suponía el límite del mundo conocido.

Tres jóvenes y osados *guldish* fueron seleccionados para aquella hazaña. Se trataba de Gnomis, Hab y Wihi.

Cargaban en sus zurrones una buena provisión de hongos y líquenes y también carbón abundante con el que calentarse y alumbrarse.

Para los *guldish,* los únicos seres vivos sobre el planeta eran ellos mismos. Pero la expedición compuesta por los tres jóvenes realizó un prodigioso descubrimiento: bajo la superficie del helado Ngoi-Path, ocultos en distantes refugios subterráneos, vivían los *boorsh.*

El primer encuentro entre *guldish* y *boorsh* no fue precisamentepacífico. Al tropezarse en las oscuras galerías, mutuamente retrocedieron despavoridos.

Mas luego, poco a poco, Gnomis, Hab y Wihi siguieron avanzando. Habían reflexionado: aquellos seres, si bien peludos y de baja estatura, fornidos y musculosos…, eran muy semejantes a ellos mismos, los *guldish.*

Los *boorsh,* por su parte, habían reaccionado de idéntica manera. Eran cuatro hombres, macizos y rechonchos, muy lentos y pesados de movimientos.

En mitad de una gruta espaciosa se produjo el encuentro. El techo y el piso fosforescían y a su luz tenue y espectral, los dos bandos se acometieron con terrible saña.

Se oían gruñidos fieros, agónicos y resoplidos animalescos. Cuando terminó la lucha, los *boorsh* yacían, muertos.

Hab, Gnomis y Wihi estaban cubiertos de sangre ysu blanca piel cruzada de profundas heridas. Pero estaban vivos.

Con profunda curiosidad, observaron a aquellos seres y registraron sus elementales zurrones.

En uno de ellos, Wihi halló unas viandas que exhalaban un agradable aroma. Ninguno de los *guldish* lo sabía entonces, pero se trataba de carne. Carne asada..

Instintivamente, Wihi adivinó que lo que tenía en las manos era comestible. Y devoró un pedazo con tremenda ansia.

Gnomis y Hab le imitaron y pronto las viandas se terminaron. Entonces bebieron copiosamente del agua que Gnomis llevaba en su zurrón y durmieron junto a los cadáveres de los *boorsh.*

Cuando despertaron prosiguieron su exploración, siempre en dirección opuesta a los refugios *guldish.* Por desgracia, en su discurrir por el dédalo de pasadizos abiertos en la roca se perdieron y sus míseras viandas sé acabaron.

Naturalmente, se imponía la vuelta a los vivacs familiares. Por desgracia, la distancia era mayor de lo que habían calculado y, además, volvieron a perderse.

Finalmente, medio desfallecidos, encontraron el camino y alcanzaron la gruta donde se enfrentaran a los cuatro *boorsh.*

Gnomis se dejó caer al suelo, cerca de los cadáveres, y gruñó:

—.No podremos alcanzar nuestros refugios. Moriremos.

Wihi era el más joven. Y no estaba en su ánimo la idea de morir.

A través de sus párpados entornados, sus ojos brillaban. Contemplaba los cadáveres de los *boorsh* y recordaba el exquisito sabor de las viandas que les habían robado.

—¿De dónde habrán sacado tan exquisitos manjares? —se preguntaba el joven Wihi.

Más tarde, cuando sus compañeros dormían pesadamente, Wihi se alzó del suelo y, tras una leve indecisión, utilizó su rústico cuchillo de piedra y se alimentó con la carne de los cadáveres de los *boorsh.*

Notó que, poco a poco, recobraba sus fuerzas. Y, lleno de júbilo, despertó a Hab y a Gnomis y confesó lo que había hecho.

Sus compañeros no sólo comieron de aquella carne, sino que, además, se proveyeron de algunos pedazos para llevar a los refugios *guldish.*

Y cuando algún tiempo después alcanzaron su vivac, reunieron a los más representativos personajes del clan y narraron cuanto les había acontecido.

Fue de esta forma como los *guldish* se aficionaron a la carne humana. Pues guiados por los tres jóvenes exploradores, cayeron sobre las guaridas de los *boorsh* y mataron y capturaron a multitud de aquellos seres que tenían su misma apariencia.

A lo largo de docenas de generaciones, los *guldish* fueron exterminando sistemáticamente a los *boorsh.*

Y, luego, cuando no quedó un solo *boorsh* en las tenebrosas entrañas de Ngoi-Path, los *guldish* se habían habituado ya a devorar carne humana.

Los hongos, los líquenes y musgos resultaban tan insípidos que sus estómagos se alteraban con sólo probar aquellos vegetales.

Durante algún tiempo, los más jóvenes y capacitados *guldish* se

esforzaron en explorar las profundas galerías del planeta, ávidos por descubrir algún nuevo clan humano.

Recorrieron todo el ámbito de aquel dédalo de pasadizos con gran ansiedad. Pero todo fue inútil: en las entrañas de Ngoi-Path sólo existían ellos mismos, los *guldish.*

Entonces aquellos seres se volvieron contra sí mismos y comenzaron a devorarse entre sí.

Al principio, sólo se alimentaban de los cuerpos de aquellos que habían muerto por accidente o enfermedad. Pero más adelante ni siquiera esperaron a que la casualidad o la Naturaleza escogieran a sus víctimas: se sacrificaba a los más ancianos y a los enfermos.

Finalmente sólo imperó la ley del más fuerte y hastalos hermanos se aniquilaron entre sí, luchando por su subsistencia.

Waal, el dios-Fuego, se enfureció y envió sobre ellos la muerte: las entrañas del planeta se conmovieron terriblemente y una lengua de fuego ascendió por las galerías subterráneas.

De los dos mil individuos a que había quedado reducido el clan *guldish,* el fuego aniquiló a más de la mitad.

La abominación de Waal obligó a recapacitar a los supervivientes. Habían pecado terriblemente al devorarse entre sí: no volverían a hacerlo, temerosos de un nuevo castigo por parte del dios-Fuego.

Pero necesitaban comida. Su organismo se había amoldado a la carne y rechazaban instintivamente la alimentación a base de los escasos vegetales que podían cultivarse en las profundidades.

Un cambio profundo, psicológico, se operó en las mentes de los *guldish.* Cualquier esfuerzo debería encaminarse a abandonar Ngoi-Path. Para ellos, era cuestión vital abordar un mundo nuevo, acogedor, hospitalario, donde poder proveerse de la carne que era la base de su supervivencia.

Escapar de Ngoi Path. Pero ¿cómo?

Mardirack, abuelo de Warrath, recordó las visiones de los profetas. Y especialmente recordó la meticulosidad con que Blaweck había descrito la fabricación de uno de aquellos *jaish* (Vehículos), capaces de transportar a los *guldish* a otros mundos lejanos y habitables.

Mardirack llamó a Guzen-Xa, el más anciano del clan *guldish.* Guzen-Xa apenas podía sostenerse en pie, por lo que hubo de ser transportado por dos jóvenes a la presencia del jefe Mardirack, tan decrépito y débil se encontraba.

En verdad, si había sobrevivido a las anteriores matanzas, sólo debía agradecérselo a su portentosa memoria y al respeto que ello suponía para los *guldish.*

—Te he llamado, venerable Guzen-Xa —dijo Mardirack con voz grave—, porque en ti, en tu admirable memoria está la esperanza del pueblo *guldish. Tú* conoces las profecías y visiones de nuestros patriarcas y ancianos. Particularmente, me interesa conocer las visiones de Blaweck. ¡Habla ahora, Guzen-Xa!

El anciano comenzó a relatar, palabra por palabra, cuanto Blaweck había dicho mil años antes.

Guzen-Xa habló de metales, de minerales, de generadores, de procesos de fabricación de elementos, de montajes, de cálculos, de aparatos de medidas…, palabras todas que sonaban exóticas a los oídos del jefe Mardirack y de su joven hijo, Siraz.

Sin embargo, de alguna forma, Mardirack comprendió que todo aquello tenía sentido y lógica, aunque él no pudiera comprenderlo muy bien.

Confiaba, sobre todo, en Siraz, su hijo. Siraz era joven e inteligente y pondría en práctica el sueño del sabio Blaweck;

—Tendremos que comenzar por el principio —suspiró Mardirack—. ¿Cuál es el principio, venerable Guzen-Xa?

—Allí donde Blaweck habló de extracción de minerales y fusión de metales, ¡ése es el principio! —respondió el anciano.

(La iniciación fue muy penosa. Los *guldish,* transcurridos varios años de trabajos, desesperaban de obtener el menor éxito.

Incluso hubo varios conatos de rebelión. Pero Mardirack y su hijo Siraz aniquilaron a los rebeldes contundentemente y los trabajos prosiguieron.

Mardirack no comprendía una palabra de las instrucciones dictadas por el sabio Blaweck, pero se aferraba desesperadamente a aquella idea y se esforzaba en conseguir que aquellos preceptos fueran

cumplidos fielmente.

Y así, los *guldish* arrancaron minerales a la roca densa y dura, los fundieron, y obtuvieron metales y fabricaron herramientas.

El proceso duraría años y años, siglos, tal vez. Entretanto, los *guldish* habían tornado a la alimentación vegetariana, aunque no se mostraban remisos en devorar los cadáveres de los que se morían accidentalmente.

Mardirack murió y… fue devorado. Su hijo, Siraz, prosiguió los trabajos.

Cincuenta años después, los *guldish* contaban con aparatos que les permitían avizorar la superficie de Ngoi-Path sin exponerse a sus bajísimas temperaturas e incluso podían explorar con sus ingenios ópticos el firmamento y sus distantes cuerpos celestes.

Habían descubierto también la forma de producir energía y extraían del seno del planeta vitaminas y otras sustancias minerales. Pero seguían añorando los grandes festines a base de carne humana.

Varias cavernas del vivac *guldish* se habían convertido en talleres y fábricas donde algunas extrañas máquinas iban dando forma a rarísimas piezas metálicas.

Siraz era ya un anciano y Warrath se había convertido en un hombre maduro.

Por entonces, los *guldish* no cubrían sus cuerpos ya con rústicos vestidos de cabello humano trenzado. Siguiendo las órdenes de Blaweck, dictadas a través de la portentosa memoria de Guzen-Xa, habían fabricado resistentes fibras a partir de sustancias minerales.

En general, habían obtenido un nivel de vida superior, cómodo y confortable. Pero seguían viviendo como gusanos y no disponían de alimentos sabrosos y agradables.

El viejo sueño de conquistar otro mundo seguía alentando en cada *guldish*.

Siraz murió…, e igualmente su cuerpo sirvió para procurar un pedazo de alimento a los suyos.

Finalmente, llegó un día en que Guzen-Xa anunció:

—El trabajo está pronto a su final. Es necesario ascender a la superficie y montar las piezas.

Los vestidos que habían fabricado, dotados de caloríferos interiores, les protegerían del frío exterior. Ninguno experimentaba temor, todos estaban seguros de sí mismos y de la profecía del sabio Blaweck.

Un equipo ascendió a la superficie y montó la metálica cinta de transporte. A través de ella, las pesadaspiezas azuladas fueron elevándose hasta los eternos hielos del exterior.

Centenares de *guldish* ascendieron luego, protegidos por sus magníficos trajes térmicos.

Y al fin, el magnífico *jaish* estuvo montado, dispuesto para el trascendental viaje a través del espacio insondable.

Presentaba un diseño aplastado, con la proa en punta y los planos en delta. Arriba y abajo, en su centro, aparecían dos enormes discos azulados: eran los generadores de energía.

Bajo su enorme fuselaje aparecían los patinadores, útiles para el despegue.

Warrath contemplaba, orgulloso, el poderoso *jaish,* todo un símbolo de los ardientes deseos del pueblo *guldish.*

Todo estaba dispuesto para la gran aventura. Poco a poco, el anciano Guzen-Xa había ido dictando sus instrucciones.

—Aquél es nuestro objetivo —dijo Warrath, señalando con su largo brazo extendido un puntito brillante en la inmensidad misteriosa del negro espacio—. ¡Es Gee, el planeta azulado! Blaweck, por boca de Guzen-Xa, nos incita a que viajemos hasta Gee, donde todas las maravillas nos serán dadas.

Descendieron a los refugios.

Había que abordar un grave problema: a bordo del *jaish* no podrían viajar los ochocientos *guldish* que componían la colonia.

Reunido el clan, Warrath dictó:

—Escogeré a sesenta de los más fuertes y capacitados. Los demás..., deberéis aguardar nuestra vuelta. Entonces, uno por uno seréis transportados al maravilloso Gee, la Tierra Prometida.

Había un brillo desmesurado en los ojos de los que se quedaban. Pero todos acataron la decisión del Jefe Warrath.

La situación, por lo demás, era dramática: el anciano Guzen-Xa había muerto mientras se realizaba el montaje del vehículo espacial.

Quizá, dispuesto ya el viaje, Guzen-Xa había decidido que había hecho todo cuanto podía hacerse.

Lo trágico de la situación residía en que, muerto Guzen-Xa, ningún *guldish* poseía memoria suficiente para recoger los innumerables datos que el anciano había reunido y conservado en su cerebro.

Es decir, los *guldish* se verían imposibilitados para construir otro vehículo.

Con sumo cuidado, Warrath fue escogiendo a los componentes de la expedición.

Cuando el número de sesenta estuvo completo, alguien se adelantó al jefe Warrath.

Era una jovencita de bellas facciones y airosa silueta.

Se llamaba Alliah y Warrath la había escogido por esposa, aunque su unión todavía no se había consumado, aplazada quizá por las múltiples labores a que el jefe *guldish* se había dedicado en los últimos tiempos.

—¿He de quedarme, Warrath? —preguntó Alliah, con las facciones tensas y estiradas.

Warrath dudó. Pero finalmente se decidió:

—También a ti te elijo, Alliah, Tendrás el honor de ser la primera mujer *guldish* que ponga sus pies sobre el magnífico Gee.

Hubo algunas protestas, expresadas en tono violento y rabioso. Pero Warrath las cortó con un ademán enérgico y perentorio.

—Debemos afrontar la realidad... Si nos fuera imposible regresar a Ngoi-Path, Alliah haría posible que la raza *guldish* se extendiera y multiplicara sobre la superficie del planeta azulado. Tal es mi decisión —terminó.

Su determinación, sin embargo, pecaba de egoísta. Deseaba a Alliah para sí y no pensaba compartirla con sus camaradas.

Además…, había experimentado un oscuro augurio al conocer la muerte del admirable Guzen-Xa: posiblemente el *jaish,* con sus tripulantes a bordo, jamás tornaría a las heladas soledades de Ngoi-Path.

Las últimas instrucciones de Guzen-Xa estaban en la, memoria de Warrath: eran las relativas al despegue delplaneta helado y el aterrizaje sobre la esplendorosa y brillante Gee. Pero nada más, Warrath no podría recordar nada más.

Al día siguiente, cuando el mortecino y lejano sol arrancaba destellos violeta de los hielos de Ngoi-Path, los expedicionarios ascendieron a la superficie y penetraron en el bello vehículo espacial.

Luego se produjo una intensísima vibración. La superficie del *jaish* se cubrió de aquella característica irradiación azul y el vehículo se deslizó fulgurantemente sobre los eternos hielos del planeta.

El vehículo hendió la atmósfera rojiza a velocidad inconcebible y desapareció en la inmensidad insondable.

Habían de transcurrir muchas jornadas antes de que los expedicionarios *guldish* abordaran el esplendente planeta Gee, su «Tierra de Promisión».

CAPITULOX

Cavendish parpadeó.

Sentía todos sus músculos envarados, incapaces de realizar el más leve movimiento, debido a la prolongada inmovilidad y al frío.

Le pareció haber soñado.

Pero no. Ante él estaba Warrath, el imponente *guldish,* el repugnante comedor de carne humana.

—Veo que mi relato le ha causado impresión —dijo el *guldish*—. Bien. Así es como llegamos a Gee, la Tierra, vuestra Tierra.

—Pero..., ¡no es posible! Mi país cuenta con una formidable fuerza de alerta, vigilante durante las veinticuatro horas del día.

—¿Qué quiere decir con ello? —Je atajó Warrath, muy divertido, al parecer.

—Quiero decir que el radar hubiera descubierto, localizado y destruido su nave, Warrath. Ningún objeto volante no identificado podría pasar la barrera formidable de nuestro control costero —respondió Cavendish.

—Tuvimos en cuenta todo eso. Nuestros aparatos de a bordo nos informaron con exactitud acerca de las señales de radio y de la existencia del radar. Y nos valimos de un truco para evitar ser detectados al tomar tierra.

¿Cómo había sido posible?

Según Warrath, su generador de energía era capaz de desencadenar una fuerte tormenta eléctrica e incluso huracanes.

—Usted recuerda el huracán «Tippie», desencadenadoa principios del verano pasado, doctor —sonrió, maligno, el jefe *guldish*—. Destruyó ciudades enteras de la costa de Florida, asoló bosques, provocó la muerte de millares de personas... Bien, yo engendré el huracán al que ustedes llamaron «Tippie»...

—¡Es... monstruoso! —gimió el médico.

—Cierto. Pero necesitaba crear esa tremenda turbulencia, como comprenderá si deja de lamentarse y sigue escuchándome...

Según explicaba Warrath, los aparatos a bordo del *jaish* habían detectado la proximidad de un gran reactor de pasajeros de los denominados «Jumbo».

Cuando el huracán apresó al «Jumbo» en su mortífera espiral y lo precipitó sobre la costa, el vehículo *guldish* descendió como una exhalación y se mantuvo tras la cola del avión, que picaba ya en barrena, con dirección a tierra.

—¿Comprende? Los controles de alerta habían detectado al «Jumbo», que lanzaba ya su patético S.O.S., envuelto en el turbulento cono del huracán «Tippie». Al unirnos al avión a la velocidad de Match-20, la alerta *sólo detectó una masa compacta, formada por nuestro «jaish» y el propio reactor de pasajeros.* Naturalmente, no iban a disparar contra el reactor, ¿comprende?

Cavendish se agitó, inquieto.

—Admiro su diabólica inteligencia, Warrath, pero lo lógico hubiera sido que su nave se hubiera estrellado contra el suelo, al igual que ocurrió con el «Jumbo»...

El *guldish* tornó a reír desagradablemente. Parecía muy complacido al ver al doctor Cavendish impresionado, confuso y asustado.

—¿Estrellado? Usted no conoce ni siquiera aproximadamente, la tremenda potencia de los generadores de energía de nuestro *jaish,* doctor. Para mí, fue fácil aumentar la potencia a fondo y escapar de la proximidad del avión en los últimos segundos —explicó.

Burt se enjugó con la mano izquierda el frío sudor que empapaba su frente y su rostro.

—¿Dónde..., dónde está su nave, es decir, su... *jaish?* —quiso saber.

Un fulgor diabólico escapó de los ojos escarlata del *guldish.*

—¿Para qué quiere saberlo? —exclamó—. Aunque, en fin, poco importa que lo sepa, puesto que nada podrá hacer ya para perjudicarnos. Satisfaceré su curiosidad, doctor. El *jaish* está cerca, muy cerca de aquí, apenas a quinientos metros de distancia.

Cavendish dirigió una ansiosa mirada a su alrededor, a través de los cristales de las ventanillas.

Nada pudo ver, sin embargo, excepto que allá, hacia oriente, se

iniciaba un leve resplandor amarillento. El amanecer estaba próximo.

Miró a Warrath y advirtió que sus largos y curvos colmillos sobresalían de sus fauces, que comenzaban a distenderse de nuevo.

Y ávido por distraer su atención, dijo:

—Hay tantas cosas que no logro comprender…

—Explíquese.

—Por ejemplo…, ¿cómo ha conseguido dominar nuestro idioma en unos pocos meses?

—Fue fácil: Sandra Summerfleld me enseñó. Día a día, desde mi estancia en la clínica, se esforzó en que aprendiera vuestro idioma. Era muy necesario para mí, sí quería pasar desapercibido en vuestra prodigiosa Tierra —respondió Warrath, complacido.

—¡ES horroroso…!

—¿Qué…?

—Esa aberración suya. Me refiero a la de alimentarse de carne humana. Sobre la Tierra, existen numerosos animales, de cuya carne el hombre se alimenta. Pero devorar seres humanos…

Warrath pareció meditar.

—Vimos los animales e incluso probé su carne, al igual que mis compañeros —confesó—. Sin embargo, obtuvimos un resultado negativo de esa experiencia.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Cavendish sin comprender.

De nuevo se oyó la risa hueca y chirriante.

—Es fácil: los *guldish* estamos habituados al saborde la carne humana. Y no hay nada que pueda reemplazarla, doctor Cavendish.

Una intensa náusea alborotaba el estómago de Burt. Pero su odio hacia Warrath era mucho más acentuado.

A unos cien metros de distancia, hacia Gardensborough, se advirtió un destello.

Warrath se volvió rápidamente, inquieto, y la luz de unos faros le

dio de pleno en el rostro.

Cavendish le vio volverse de nuevo hacia él, mientras gritaba:

—¡Quieto ahí, doctor Cavendish! ¡No intente nada o…!

Burt le miró y se sintió lleno de asombro.

¡Los enormes ojos de Warrath habían cambiado de color! Ahora presentaban un tono dorado, casi blanco, poblados de chispitas destellantes.

Ello y el hecho de ver a Warrath manoteando torpemente, quizá tratando de agarrarle y sujetarle, le hicieron comprender la verdad de lo sucedido.

¡La potente luz de los faros del camión que acababa de cruzar junto a ellos le había deslumbrado…!

La reacción del médico se debió a un impulso inconsciente, quizá al instinto de conservación: en lugar de escapar por la portezuela izquierda, más próxima al *guldish,* saltó hacia la de la derecha y se abalanzó al exterior.

Cayó sobre un charco y sintió su espalda mojada y fría.

En su mano tenía la pistola. Y Cavendish sabía que su deber era utilizarla contra aquel monstruo.

Vio la silueta borrosa de Warrath dentro del coche y disparó una, dos…, hasta seis veces.

Y, después, sin detenerse a averiguar si había hecho blanco, se puso en pie y huyó atolondradamente, enloquecido.

Sus largas piernas se movían como las bielas de una locomotora, incansables, potentes, rápidas.

Se volvía de cuando en cuando, sin detener su marcha, para mirar hacia lo alto de la colina, donde se ubicaba el cementerio de Caspers Hill.

De pronto, dejó de correr.

¡El automóvil, el falso taxi utilizado por Warrath, había desaparecido!

Por un momento temió no haber hecho blanco sobre el *guldish.* En tal caso, Warrath le perseguiría implacablemente hasta alcanzarle y… asesinarle.

Luego…

No quiso seguir pensando. Ahora era necesario correr, galopar locamente hasta alcanzar la ciudad.

Su buena preparación física le permitía exigir a sus músculos un esfuerzo desproporcionado.

La lluvia, si bien seguía cayendo sin cesar, había disminuido de intensidad. Ahora se trataba de finas chispitas heladas que empapaban poco a poco sus cabellos y sus pantalones.

Se había hecho de día. Una luz grisácea amarillenta, triste y lúgubre, caía sobre la cinta oscura de la carretera.

Absolutamente abstraído en su carrera, Burt no oyó el rumor de los neumáticos del coche, ni advirtió la luz de sus pilotos de situación.

Pero sí oyó el frenazo a sus espaldas. Y comprendió que seguir corriendo sería una soberana tontería, puesto que el coche le alcanzaría en breves instantes.

Podía correr a campo través… Pero todo estaba encharcado, por lo cual sus pies no tardarían en quedar apresados en el barro.

El automóvil se detuvo a su altura.

Cavendish introdujo su mano derecha en el bolsillo del chaquetón del mismo lado y apretó los labios.

De un momento a otro comenzaría a disparar locamente…, si el miedo le permitía realizar los movimientos imprescindibles para sacar la pistola, encañonar a su enemigo y apretar el gatillo.

Sólo Dios sabía cuan cerca estuvo de cometer un disparate. Porque lo cierto es que consiguió sacar la «Walker» del bolsillo.

Volvió la cabeza, desesperado, presintiendo que por la ventanilla del automóvil iba a ver aparecer el odioso rostro de aquel hombre-monstruo llamado Warrath.

Lentamente alzó la pistola.El profundo odio que sentía hacia el*guldish* aceleró rabiosamente los latidos de su corazón.

Y cuando se disponía a disparar hasta agotar el cargador, se detuvo, aterrado.

Una guapa y joven mujer sonreía a través de la ventanilla del coche, un «Ford Mustang», cubierto de barro hasta el techo.

—¡Vamos, vamos! —le reprendió la mujer—. Sólo pretendía ayudarle, señor. ¿Quiere que le lleve a la ciudad? Con una condición: que guarde esa pistola y trate de serenarse

CAPITULOXI

El aire brotó con fuerza de entre sus labios y todos sus músculos se relajaron agradablemente.

—Está bien —jadeó—. Gracias.

Rodeó el coche, abrió la portezuela y se dejó caer sobre el asiento. Así y todo, todavía se volvió a mirar hacia atrás.

La joven arrancó violentamente y las ruedas traseras patinaron sobre el firme mojado. Poco después rodaban a gran velocidad en dirección a la ciudad.

Cavendish empleó aquellos minutos en respirar profundamente, ansioso por recuperar el ritmo normal de la respiración.

Luego sacó un cigarrillo y fumó ávidamente. Las primeras bocanadas le hicieron toser.

—¿Trataron de atracarle? —preguntó la muchacha—. Es un desagradable lugar ése... La gente cuenta que han sido vistos raros individuos merodeando por el vertedero...

Cavendish la miró, sobresaltado.

No había tenido tiempo de mirar detenidamente a la hermosa muchacha. Y lo hizo ahora, detallando con lentitud las finas guedejas negras de los cabellos, el rostro fino, un tanto demacrado, los ojos grandes, bellísimos, color violeta, los labios finos, excesivamente cargados de *rouge*...

Se tranquilizó.

No, aquel rostro no tenía la menor semejanza con los de los *guldish.*

En verdad, lo que le había sobresaltado era el extraño tono de voz de la mujer y el comentario que acababa de hacer.

—¿Es usted extranjera? —preguntó, olvidando referirse a las últimas palabras de la joven.

—¿Lo adivinó por mi acento? Sí, rumana. Me llamo María Dubceck y trabajo como analista en unos laboratorios farmacéuticos.

Cavendish le ofreció un cigarrillo, ya encendido. La tranquilidad

volvía lentamente a él.

El coche rodaba ya por las calles de la ciudad. Seguía lloviendo y los automóviles cruzaban a su lado provocando una fina niebla a ras del suelo.

—Yo soy Burt Cavendish —dijo—. Le estoy muy agradecido por haberme recogido en la carretera, puede creerlo.

—Le creo. Cuando le recogí, parecía tan asustado...

No era difícil adivinar que ella sentía una terrible curiosidad. Pero ¿qué podía decirle Cavendish? ¿Que un monstruo *guldish,* devorador de personas, había tratado de imitarle...?

—Tuve... un, digamos, accidente. Unos jóvenes me... recogieron en Gardensborough, pues... tenía necesidad de trasladarme rápidamente a la ciudad. En mitad de la carretera... Bien, trataron de robarme... Me amenazaron con una navaja —le costaba un extraordinario esfuerzo mentir, inventar aquella absurda historia—. Yo..., tenía mi pistola y les hice desistir de Su propósito. Salté fuera del coche y ellos..., huyeron.

María Dubceck le dirigió una mirada de reojo. ¿Sospechaba ella que Cavendish estaba mintiendo?

Se encogió de hombros. De buena gana le hubiera contado la verdad a la joven, pero hacerlo significaba exponerse a que ella le tomase por loco. Y Burt no deseaba más incidentes, al menos por aquel día.

María le miraba ahora con una leve sonrisa en los labios.

—Creo que debiera presentar una denuncia a la policía —dijo—. Pero, ¡oh, Dios santo! ¡Está empapado! Si no se cambia pronto de ropa puede contraer una pulmonía, señor Cavendish... ¿Quiere que le lleve a su casa?

Había hablado tan dulce y amigablemente..., se desprendía de sus palabras tanto interés y humanidad, que Burt se sintió confortado.

—Puede llevarme hasta la calle Vernon, señorita Dubceck. Pero no tema: soy muy resistente a los catarros. Por otra parte, no he tenido tiempo de enfriarme: la carrera desde el cementerio me ha mantenido al rojo vivo —respondió el médico.

—Muy bien. Entonces..., rumbo a Vernon Street —exclamó ella, animosamente.

No hablaron mucho durante el trayecto.

La calefacción del coche funcionaba muy bien y Cavendish se sentía adormecer dentro del confortable vehículo.

No cedió al sueño, sin embargo.

Para evitar dormirse, se dedicó a contemplar a María Dubceck con los ojos entornados.

Suponía una bella contemplación, no cabía duda. Debía ser muy alta, casi tanto como el propio Burt, a juzgar por sus largas y bellas piernas de piel finísima, sorprendentemente blanca.

Tenía un busto pequeño pero pujante, que no necesitaba artificios de ninguna especie para mantenerse erguido en todo su esplendor.

Todo era bello en la señorita Dubceck. Todo..., menos su falta de habilidad al volante.

En verdad, conducía detestablemente. La caja de velocidades «rascaba» quejumbrosamente cuando ella cambiaba de marcha, frenaba y arrancaba con brusquedad, adelantaba indistintamente por la derecha o por la izquierda, en cuanto divisaba un hueco, y apretaba el acelerador locamente, de forma que su carrera resultaba un medio seguro para acceder a la eternidad de la manera más rápida.

—¿Dónde aprendió a conducir? —osó preguntar el médico, que temía que de un momento a otro se produjera la catástrofe.

Ella se mordió los labios.

—Oh, bueno, yo no... Quiero decir que hace pocos días que conduzco —confesó un tanto vacilante—. Elcoche no es mío —dijo rápidamente, al advertir que Cavendish posaba sus ojos sobre la tarjeta que colgaba junto al parabrisas—. Me lo prestó un amigo.

«¡Pobre amigo!», pensó Burt. Y trató de mantener relajados sus nervios.

En cualquier caso, el viaje hasta el doscientos noventa y uno de Vernon Street terminó sin novedad, a excepción de algunos denuestos dirigidos a María por parte de varios camioneros.

El coche se detuvo bruscamente y los neumáticos rascaron fuerte el encintado.

—Ya estamos —anunció ella alegremente—. Le acompañaré.

Cavendish protestó, íntimamente alarmado. María era demasiado joven y bonita y nunca se sabe...

—No, no, por favor. Créame, le estoy profundamente agradecido, pero ya me ha hecho un gran favor trayéndome hasta aquí. Es usted una muchacha muy valiente, señorita Dubceck. Otra mujer se hubiera asustado al ver que un hombre desconocido la encañonaba con una pistola.

—¿Una pistola? ¡Ah, sí! Pero eso no importa. Y no renunciaré hasta dejarle en su casa. Tiene muy mala cara. Parece enfermo. Vamos.

Nada pudo hacer Cavendish para impedirlo. Antes de tener conciencia de ello, María le arrastraba ya hacia el vestíbulo de la casa y poco después tomaban uno de los ascensores.

Ya en su apartamento, María le obligó a penetrar en el dormitorio y a cambiarse de ropa.

Cavendish la miró, sobresaltado. ¿Es que ella no sentía pudor, es que no pensaba abandonar el dormitorio mientras el hombre se desnudaba?

La expresión de la joven era serena y confiada. Al fin, Cavendish, nervioso, indicó:

—Vamos, salga. Voy a desnudarme.

—¿Y qué importa...? —exclamó ella, confusa. Pero añadió, veloz—: Sí, sí. Le aguardaré fuera.

Burt fue a la puerta y la cerró. Se sentía anonadado.

¿Era María Dubceck una buscona o... una muchacha tímida, inexperta, alocada?

Se libró del chaquetón y del suéter que llevaba debajo. Un violento estornudo le sacudió de pies a cabeza.

—¡Vaya! —murmuró—. A pesar de todo, me resfrié.

Sentía frío. Un frío intenso que traspasaba su piel y le obligaba a

tiritar como un gozquecillo.

Se desnudó por completo, buscó una toalla y se friccionó la piel, tratando de entrar en reacción. Luego buscó ropas secas y se vistió aprisa.

Cuando abandonó el dormitorio, María Dubceck aguardaba en el salón, indecisa.

—Vaya a la cocina y prepare un poco de café —pidió. Y agregó—: Tenía razón. Me he resfriado.

Ella entró en la cocina, que Cavendish le señalaba con el brazo extendido.

Entretanto, Burt fue al mueble-bar, sacó dos vasos y vertió whisky en ambos.

Apuró uno de un trago y volvió a servirse una generosa ración. Pero seguía experimentando escalofríos y se notaba febril.

Buscó un par de aspirinas y las tragó con medio vaso de licor.

Con gran atención, se tomó el pulso y comprobó que tenía fiebre.

Le dolía la cabeza y los músculos de espalda y brazos, pero más que todo ello le preocupaba su tremenda conmoción mental, debida a las experiencias vividas la pasada noche.

Encendió un cigarrillo, un tanto rabioso al comprender que estaba enfermo. Pero empezó a toser y finalmente hubo de aplastar el cigarrillo en un cenicero.

Pensó en la chica que le había recogido en la carretera.

«Guapa muchacha. Y muy amable —se dijo—. Aunque un tanto rara.»

Al fin, Cavendish abandonó el salón y fue a la cocina, al comprender que María tardaba demasiado con el café.

La vio inclinada sobre uno de los armarios, buscando algo en su interior, absolutamente desconcertada.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, reprimiendo un estornudo. Ella se volvió y le miró, confusa—. De modo que no sabe preparar café... Está bien, no debe preocuparse: yo mismo lo haré.

La apartó con un ademán suave, buscó la cafetera y en breves segundos la había llenado de agua, añadido café y puesto sobre el fuego.

Cinco minutos después, ambos estaban en el salón ante sendas tazas de humeante café.

Cavendish puso un vaso de whisky en la mano de María.

—Beba un poco de licor. Hace frío. El whisky la hará entrar en calor.

Ella se llevó el vaso a los labios con timidez. Y en cuanto hubo probado un poco, tosió desaforadamente y se congestionó.

Burt la tomó por los hombros, palmeó maquinalmente su espalda, mientras ella seguía tosiendo sin parar, y la animó:

—Vamos, vamos, no es nada. Respire profundamente. Así. Estoy seguro de que es la primera vez que prueba el whisky, ¿no es cierto?

El contacto con el cuerpo tibio de la mujer le turbó.

Se apartó, rápido, de ella, y tornó a servirse un nuevo chorro de whisky que bebió de un trago, intentando disimular su turbación.

María había logrado vencer su tos y poco a poco sus facciones volvían a tomar el tono natural.

—Dijo que trabajaba en unos laboratorios farmacéuticos —dijo él de pronto, dirigiendo una mirada a su reloj de pulsera—. Son las nueve. Supongo que debe asistir a su trabajo.

Ella pareció turbarse.

—Oh, lo había olvidado por completo —confesó—. Sin embargo, creo que bien puedo faltar por unas horas a mi trabajo. Usted está muy enfermo, aunque trata de disimularlo. Creo..., creo que debo permanecer aquí hasta que otra persona se ocupe de usted.

—¡Al diablo! —gruñó Burt, incomprensiblemente furioso—. Sé cuidarme a mí mismo perfectamente. Soy médico.

María no dijo nada inmediatamente. Pero la verdad era que parecía profundamente herida por el inesperado exabrupto del médico.

Al fin, ella se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Está bien —dijo desde allí con voz ahogada—. Si lo quiere así, me marcharé.

Ya estaba girando el pomo de la puerta, cuando Cavendish se alzó bruscamente de la silla que ocupaba y fue hacia ella.

—¡No, maldita sea! —exclamó, como luchando consigo mismo—. No deseo que se vaya, María. Quédese todo el tiempo que quiera. En fin, sé que estoy obrando de un modo egoísta. Y sí, me siento enfermo, débil, febril,.. Probablemente he pillado un buen catarro, o una pulmonía. Tendré que llamar a Jack Hollins, inyectarme antibióticos. Pero ahora sólo deseo dormir. Voy a acostarme. Necesito descansar.

—Muy bien —una sonrisa se insinuaba en los delgados labios de María—. Acuéstese y descanse. Yo le cuidaré.

En verdad, Burt ansiaba compañía, deseaba ser cuidado, confortado. Siempre había estado solo, pero ahora también le faltaba la presencia y el consuelo de Sandra.

Quizá por ello se aferraba como a un clavo ardiendoa la presencia viva, real y juvenil de María Dubceck, tan bella y atractiva, tan sumamente femenina..., aunque ni siquiera supiera preparar café.

Se puso en pie y fue hacia la alcoba. María le siguió inmediatamente, pero una mirada de Cavendish fue suficiente para que ella desistiera.

—Te avisaré cuando esté en la cama —dijo él, tuteándola espontáneamente. Y ella asintió.

Se desnudó aprisa, buscó un pijama y se introdujo en el lecho. No buscaba una aventura erótica con aquella muchacha. Sólo deseaba dormir y descansar, pero le resultaba placentera la proximidad de la joven.

Se sentía completamente agotado, mitad por la enfermedad, mitad por la noche en vela. Y todas las emociones que se habían sucedido desde la tarde anterior, cuando visitara a Sandra en el *bungaló*de Walston Road hasta el momento presente.

Poco después dormía profundamente. Entonces apareció María en la puerta entornada de la alcoba.

Y aproximándose al lecho, observó durante largo tiempo al doctor Cavendish.

No era amable su expresión, ni se distendían los labios en una sonrisa; por el contrario, las facciones estaban tensas y estiradas y los ojos violetas refulgían extrañamente.

Se oía la respiración irregular de Cavendish, que de cuando en cuando se estremecía en leves convulsiones, agitado, quizá, por alguna desagradable pesadilla.

Convencida de que el hombre dormía profundamente, la mujer retrocedió y fue al salón.

Descolgó el teléfono, marcó un número con torpeza y pronunció algunas rápidas palabras.

Tras escuchar durante algunos segundos, colgó y volvió al dormitorio de Burt Cavendish.

Rodeó el lecho, tomó el chaquetón de piel que colgaba de una silla y registró los bolsillos.

Se quedó mirando la pistola con curiosidad, como si desconociese el valor mortífero del arma.

Finalmente se la guardó en un bolsillo y tornó a salir de la alcoba.

Husmeó en la cocina, abriendo todos los armarios y cajones hasta encontrar lo que buscaba: un magnífico cuchillo de cocina de larga hoja, puntiaguda y filo perfectamente afilado.

Extremaba sus precauciones cuando volvió a la habitación donde dormía Burt Cavendish.

¡Despacio, con gran lentitud, fue acercándose al lecho. Burt dormía pesadamente de espaldas a la mujer.

El bello rostro se contrajo en un rictus diabólico y las blancas manos alzaron el cuchillo con ira.

Ya se disponía a descargar la puñalada brutal sobre la espalda del durmiente, cuando los dedos se entreabrieron, sin fuerza, y soltaron el cuchillo que golpeó sobre el lecho y cayó sobre el pavimento.

La mujer pareció entonces presa de un raro paroxismo. Hundido el rostro sobre las suaves mantas, se retorció, gruñó y gimió como una poseída de Satanás.

Poco a poco fue cediendo aquel acceso. Finalmente la joven se

incorporó, acarició apenas el rostro de Cavendish con sus dedos y escapó.

En el salón se detuvo un instante, indecisa.

Al fin, se aproximó al teléfono y miró la agenda con tapas de piel que había junto al aparato.

Abrió la agenda, la hojeó desmañadamente y dejó que sus ojos resbalaran sobre las listas de nombres escritos en sus páginas.

Uno de sus dedos se detuvo junto a aquel nombre: Jack Hollina, teléfono 456-889-742.

Con la misma falta de pericia que demostrara antes, la mujer marcó aquel número y esperó.

—Venga a Vernon Street, doscientos noventa y uno —dijo rápidamente cuando obtuvo comunicación—. Burt Cavendish necesita ayuda urgentemente.

Dejó el teléfono sobre la mesita, sin colgarlo, y escapó ligera hacia la puerta de salida.

CAPITULOXII

Durante quince días, la enfermedad había minado el organismo del doctor Cavendish.

Sabía que había estado muy cerca de la muerte, pero los momentos graves habían pasado ya y Burt se encontraba fuera de peligro, a punto de ser dado de alta de la Memorial Clinic.

En su habitación, Burt aguardaba con impaciencia al doctor Hollins, su único amigo en la ciudad.

Hollins llegó a las diez de la mañana. Ni siquiera miró la historia clínica sobre la mesilla. Pero Burt advirtió que algo extraño le pasaba.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Cavendish.

—Antes..., preferiría que habláramos un rato. Hasta ahora no quise mencionarlo, pero hay algo que me inquieta —confesó Hollins, escrutando el rostro de su amigo con fijeza.

—¿De qué se trata?

—Cuando fui a tu casa, obedeciendo a la llamada que una voz de mujer hizo a mi despacho, encontré algo muy extraño junto a la cama. Un cuchillo.

Burt se incorporó sobre el lecho.

—¿Un cuchillo? —exclamó, lleno de estupor.

El rostro ancho y simpático de Hollins se tornó sombrío.

—Un excelente cuchillo de cocina, sí. Y el descubrimiento consiguió preocuparme. Compréndelo, en los últimos tiempos parecías taciturno y desesperado. Tú mismo me dijiste que tu relación con la doctora Summerfieldhabía terminado. Si todo ello lo unes al hallazgo del cuchillo al pie de tu caima...

—Imaginaste que había intentado suicidarme —sugirió Cavendish.

—Sí. Pero debes comprender...

—Lo comprendo muy bien —Burt sonreía—. Sin embargo, puedes creer que jamás llegaría al suicidio.

—Pero el cuchillo…

—Estuve preparándome unos bocadillos —mintió, rápido—. Debió caérseme entonces. Pero hablemos de otra cosa… ¿Sandra?

—Está bien. Permanece en una habitación aislada de la clínica y es sometida a tratamiento por el doctor Barkey. Por desgracia, Barkey no ha podido apreciar ninguna mejoría en ella.

—¿Podría…, podría verla? —suplicó Cavendish con ansiedad.

—No es recomendable, por ahora. El doctor Barkey inició un avance, mencionando tu nombre, pero el efecto fue negativo: Sandra se encolerizó y te acusó de ser el culpable de la ausencia de un tal Glen.

Burt tragó saliva. La amargura oprimía su pecho angustiosamente.

—Bien. ¿Puedo abandonar la clínica? —preguntó, al cabo.

—Puedes. Sin embargo, te aconsejo descanso. No trabajes ni te esfuerces durante una semana al menos. Todavía te encuentras convaleciente.

—De acuerdo —accedió Cavendish—. Pero no tomaba muy en serio las recomendaciones del doctor Barkey.

Se vistió rápidamente, cuando Barkey hubo salido, y se peinó ante el espejo. Era cierto: su rostro aparecía delgado y macilento y las ropas le venían holgadas.

Se sentía preocupado. Por varias razones. La primera era la inexplicable desaparición de aquella bella joven: María Dubceck.

Le preocupaba también la historia que Hollins le había contado: el hallazgo de un gran cuchillo de cocina cerca de su cama.

¿Podía relacionarse la desaparición de María con lo del cuchillo? A Cavendish le hubiera gustado saberlo.

Pero existía algo que todavía le interesaba más: entrevistarse con el teniente Howard Hurckley, de la policía.

Dos días antes, Burt había pedido que se avisase al policía.

¿Con qué motivo? Sencillamente, Cavendish se sabía incapaz de seguir guardando el secreto que el propio Warrath había desvelado

ante él aquella dramática noche.

¡Si había alguna persona en quien poder confiar, ése era el teniente. Hurckley no le tomaría por loco y, al menos, le escucharía.

En efecto, Hurckley le visitó en la clínica y le escuchó. Oyó con religiosa atención el relato de Cavendish y tomó nota del ardor y la ansiedad que el doctor ponía en sus palabras.

Y cuando terminó de hablar, el policía afirmó:

—Creo que tendré que empezar a darle crédito, doctor. Por lo menos, es evidente que tiene algún poderoso enemigo.

—¿Por qué dice eso?

—Porque a lo largo de quince días han intentado asesinarle en tres ocasiones —confesó seriamente Hurckley.

—«¡No puedo creerlo! O, mejor, sí. Pero nadie me ha dicho nada...

—Así lo aconsejé. Lo mejor era que usted permaneciera tranquilo. Por fortuna, acabo de comprobar que los médicos han seguido mi consejo.

—Explíqueme todo eso —rogó Burt, ávido.

—Lo resumiré en pocas palabras. La primera vez, dos agentes que realizaban su ronda vieron a un sospechoso sobre la cornisa de la segunda planta. Le dieron el alto, pero el desconocido..., ¡saltó sobre ellos desde una altura de doce metros, les aplastó y escapó! La segunda vez, uno de los enfermeros detuvo a un individuo albino que se disponía a penetrar en su habitación. Pero el impresionante desconocido se le escapó de entre las manos..., después de morderle profundamente en el cuello. Y escapó. Decidí poner una vigilancia discreta ante su habitación y dio resultado: un nuevo individuo, muy alto, de cabellos casi blancos, trató de penetrar en su habitación..., disfrazado con una bata de médico. El policía de paisano que le vio entrar, penetró tras él y le sorprendió cuando empuñaba ya unas larguísimas tijeras, dispuesto a clavárselas a usted en el pecho, doctor...

Cavendish tragó saliva, impresionado,

—¿Le detuvieron? —preguntó con voz ronca y fatigosa.

—No fue posible. Cuando el policía le conminaba a tenderse en el suelo, el extraño individuo abrió la ventana y se lanzó al vacío, cuando ya el policía saltaba hacia él. No pudimos encontrarle en el jardín, ni muerto ni vivo.

Callaron durante unos instantes. Y luego Burt dijo con voz vibrante:

—Escuche, Hurckley: aunque todo esto sea demasiado horrible y difícil de creer, corresponde a la verdad. A unos quinientos metros del cementerio de Cas-pers Hill, oculto tal vez en algún sitio, hay un *jaish,* una astronave *guldish.* Según Warrath, es de grandes dimensiones, por lo que será fácil encontrarla. ¿Por qué no hace una visita a aquellos parajes...?

La respuesta del teniente tardó en llegar.

—Está bien, voy a inspeccionar ese lugar —su voz era grave y lenta —, aunque todo este asunto me parezca una locura. ¿Ha contado su historia a alguna otra persona?

Cavendish denegó con la cabeza.

—Tanto mejor, porque podrían tomarnos a los dos por majaretas. Hablaré con el capitán Sinclair. Diré que tengo sospechas de que en aquellos lugares se ocultan algunos maleantes..., con lo que conseguiré que algunos policías me acompañen. Y volveré a informarle. Es todo cuando puedo hacer.

—Ya ha hecho mucho. Me salvó la vida, teniente. Gracias —respondió el doctor Cavendish.

Habían transcurrido dos días desde aquella conversación. Y Burt apenas podía contener su impaciencia por entrevistarse con el teniente Hurckley.

¿Había descubierto algo importante Hurckley?

Atravesó el pasillo, tras esbozar un saludo en dirección al grupo de enfermeras que hacían vivos comentarios al otro extremo del pasillo.

También en el vestíbulo, diferentes grupos de personas charlaban en voz alta, gesticulantes y apasionados.

—¿Qué ocurre? —preguntó, ya intrigado, a uno de los médicos internos con quien se cruzó.

—¿No lo notó anoche, doctor Cavendish? Se produjo un temblor de tierra con el epicentro a unos seis kilómetros al sur. Todo el mundo anda loco y las carreteras están congestionadas de vehículos que se dirigen lejos de aquí. Los sismólogos advierten a través de la radio y la televisión que es posible que el seísmo vuelva a repetirse con mayor intensidad. Hay pánico en la ciudad.

El joven se alejó, tan agitado como el resto de las personas que permanecían en las dependencias de la Memorial Clinic.

—¿Qué diablos está ocurriendo aquí? —se preguntó Cavendish, saliendo a la calle.

Alguien le tomó por un brazo. Burt se volvió rápidamente, dispuesto a defenderse, a repeler cualquier agresión.

El joven que le sujetaba el brazo se apresuró a tranquilizarle.

—Sargento Williams. No tiene nada que temer, doctor. Vigilaba el edificio por orden del teniente Hurckley. Pero he recibido una misión urgente: llevarle a la presencia del teniente. ¿Viene?

La credencial que el otro le mostraba estaba en regla. De modo que le siguió hasta el «Buick» que aguardaba a unos pasos.

Las calles aparecían desiertas. De cuando en cuando, cruzaban algunos auto patrullas y camiones del ejército.

Quince minutos después el «Buick» se detenía ante un edificio gris.

—¿La Morgue? —se extrañó Cavendish—. ¿Es que Hurckley está ahí?

—Sí —fue la escueta respuesta.

Se entrevistó con Hurckley en el frío pasillo de entrada al depósito de cadáveres.

—¿Qué…? —preguntó inmediatamente el médico.

—Venga con nosotros —dijo únicamente el policía. Junto a él permanecía un hombre delgado y pálido, vestido con una bata *beige.*

Aquel hombre inició el camino por el largo pasillo y Cavendish, Hurckley y el sargento Williams le siguieron.

Fue un acto breve. Ante Cavendish fue extraído un cajón frigorífico.

El encargado de aquel lugar desveló la sábana que cubría el cadáver y mostró el rostro.

Cavendish se separó de un brinco. Había palidecido intensamente.

—¡María...! —exclamó con voz estrangulada por la emoción.

—Eso es todo —afirmó Hurckley, poco hablador—. Salgamos.

Abandonaron el depósito y salieron a la calle. Una camioneta cargada de enseres pasó junto a ellos zumbando.

—Eso fue todo lo que pudimos encontrar en Caspers Hill —anunció Hurckley cuando subieron al coche—. Un cadáver. Pero un cadáver poco corriente, tengo que admitirlo.

—¿Por qué...?

—Está parcialmente devorado, sus cabellos, albinos, estaban teñidos de negro y sus enormes ojos rojos se habían disfrazado con unas lentillas azules. Poseía una dentadura muy bien desarrollada y sus facciones estaban cubiertas por una gruesa capa de maquillaje.

—¿Quiere decir que... María era una *guldish?* —preguntó Burt, helado.

—¿Qué otra cosa...? Pero eso es todo. No encontramos nada más, a pesar de que registramos el lugar a conciencia, ayudados por sabuesos de raza. Ahora voy a darle un consejo, doctor: olvide todo esto. Y no se le ocurra aparecer por Caspers Hill. Según he sabido hoy mismo, aquella zona se eligió como vertedero porque la atraviesa una profunda depresión, una grieta, que fue producida hace más de doscientos años por un seísmo semejante al que tuvo lugar anoche. Según todos los indicios, el terremoto puede volver a producirse.

—Está bien —pidió Burt, que tenía el rostro gris—. Déjenme salir. Tengo algunas cosas que hacer.

—¡Espere! —gritó Hurckley—. ¡No debe cometer ninguna locura...!

Pero el médico había abandonado ya el automóvil y caminaba a largos pasos, calle adelante.

— Está loco— rio Williams, que no había visto el cadáver en el frigorífico ni sabía una palabra de todo el asunto.

—Probablemente —respondió Hurckley. E imaginó, burlón, el

asombro del médico que tuviera que realizar la autopsia del cadáver de la mujer que se había hecho pasar por María Dubceck.

* * *

Al venir el día, los *guldish* se fueron retirando lentamente a su refugio.

Existía una extraña tensión entre ellos.

Y la causa era obvia: Warrath había matado a Alliah,
a la hermosa muchacha *guldish* a la que amaba.

Alliah había fracasado en su misión de eliminar al único terrestre que conocía sus secretos. Pero no era aquello todo: la joven había confesado que había fracasado *porque no quería asesinar a Burt Cavendish.*

Warrath *El Gran Devorador* había obrado de forma tajante.

—Morirás —dijo. Y la golpeó en el cuello.

Ahora, en el refugio, todos comprendían que Warrath iba a tomar alguna decisión trascendental.

Y así fue:

—Hemos visto a muchoshombres recorrer este lugar. Vigilan, miran, buscan… Hemos sentido temblar las entrañas del planeta debajo de nosotros. Mi instinto me dice que estamos en peligro aquí. Por tanto, al anochecer abandonaremos este lugar para trasladarnos a otro suficientemente alejado: África, Europa, Asia… No permaneceremos aquí ni un día más.

** *

Al atardecer, Burt Cavendish emprendió la marcha al sur por la carretera a Gardensborough.

Sabía ya, por la radio, que mantenía encendida en el tablero de instrumentos, que Gardensborough había sido evacuado a lo largo de la mañana. Así pues, no era extraño que ningún vehículo se cruzase con él.

La situación era dramática. A lo largo del día se habían producido varios temblores de tierra. De escasa intensidad, sí, pero suficientes para hacer comprender que las entrañas de la Tierra seguían en convulsión.

Burt no estaba muy seguro de lo que hacía. Quizá el instinto le empujaba hacia Caspers Hill de forma subconsciente.

Más allá del cementerio, tomó el desvío y rodó sobre los detritus del vertedero. Siguió rodando y se detuvo junto al lugar donde los camiones de basura seguían rellenando la profunda grieta que corría de norte a sur.

El paraje estaba solitario y triste. El aire hedía.

Dentro del coche, al margen de la profunda grieta, Burt dejó que el tiempo pasara sin prestar apenas interés a las noticias de la radio.

Y luego llegó la noche. De repente, se vio brotar un destello azulado de entre las basuras. El piso vibraba y la radio dejó de funcionar.

Burt bajó del coche y corrió de forma suicida allá hacia donde las basuras eran removidas en un remolino dantesco.

Se encontraba al borde del precipicio cuando vio surgir de entre las escorias el gran disco azulado. Poco a poco, mientras se producía una vibración vivísima, fue surgiendo del remolino el impresionante fuselaje del *jaish.*

—¡Se marchan, se van, escapan...! —gritó Cavendish, enloquecido.

Fue entonces cuando comenzó a moverse el piso. Una colosal grieta hendió la tierra e inmensos bloques de basura aplastada cayeron en el profundo abismo.

Cavendish cayó a tierra. El *jaish* vaciló, trepidó horrísonamente y estalló. Lenguas de metal fundido hendieron el aire y regaron la tierra en convulsión.

¿Cuánto tiempo permaneció Cavendish rozando la tierracon su

rostro? Cuando el apocalíptico seísmo cedió, abrió los ojos y vio la superficie hendida, partida, por cien grietas horrorosas.

Todavía podía oírse un rumor profundo, sobrecogedor. El automóvil de Burt había desaparecido tragado por una sima. Pero él..., ¡él estaba vivo!

Lentamente, como un resucitado, emprendió el regreso a la ciudad.

* * *

Había muchos edificios agrietados y algunas calles hendidas. Pero el efecto del seísmo no era irreparable.

Cavendish no esperó la luz del día para visitar a Sandra. Cuando logró vencer el recelo del portero nocturno y de las enfermeras, consiguió hacerse llevar a la habitación de 4a doctora Summerfield.

¡Y he aquí que en cuanto Sandra le vio, corrió hacia él y se arrojó en sus brazos, tan alegre y natural como en otros tiempos...!

¿Qué había ocurrido, para que todo fuese ahora tan sencillo, tan maravilloso, tan normal...?

Warrath había sido destruido. Quizá también, con él, su maleficio.

Ahora, Burt Cavendish no quería pensar. Sólo gozar con el momento presente.

Sentía contra sí a Sandra, podía aspirar el perfume de sus cabellos, escuchar sus frases cariñosas, palpar los latidos de su corazón...

Y era lo único que importaba. La pesadilla quedaba atrás.

FIN